

El rescate de la sabiduría indígena ancestral como aporte a un mundo nuevo

Una recompreñsion y actualización
del tema indígena

Esteban Emilio Mosonyi
Frank Bracho

El rescate de la sabiduría indígena ancestral como aporte a un mundo nuevo

Una recomprensión y actualización del tema indígena

Esteban Emilio Mosonyi
Frank Bracho

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017

© Esteban Emilio Mosonyi - Frank Bracho

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorialelperroylarana

Twitter: @perroyranalibro

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017001880

ISBN 978-980-14-3858-8



La redistribución, comercial y no comercial de la
obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones
y en su totalidad, con crédito al creador.



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



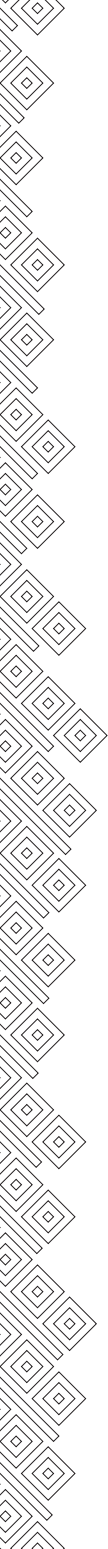


Más allá de la abundante discusión sobre la transculturación, más allá de las numerosas iniciativas por la reivindicación y el rescate indígena, es necesario que hoy, en medio de este proceso histórico-político tan relevante, se alcen las miradas para atender realmente la voz indígena: parte esencial de nuestro ser venezolano y latinoamericano.

*La Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, al servicio de la cultura, crea la Colección Taima Taima Letras de la resistencia indígena, uniéndose a la vital lucha de los pueblos por mantener su autonomía cultural a través de sus lenguas y representaciones, pues el desvanecimiento de las lenguas es la desaparición de las culturas. Esta colección es asiento de las luchas aborígenes a partir de sus idiomas, ya que estos representan una manifestación de resistencia. Las literaturas basadas en la tradición oral es la punta de lanza de este proyecto al rescatar el arte de usar la palabra como forjadora de identidades ancestrales, sin dejar a un lado los estudios realizados de las lenguas por parte de los mismos indígenas así como de antropólogos, lingüistas y de quienes se han interesado por el saber indígena. Abrimos un espacio también para las etnias víctimas de la alienación por parte de un sistema mundial que desplaza y anula a los pueblos originarios, buscando ampliar sus concepciones desde sus derechos hasta el fiel cumplimiento de ellos; pues en el presente estos derechos están legitimados en sus distintas formas pero aún es necesario atender la obediencia de estos desde lo ancestral. Esta colección obra como puente entre la verdad indígena y el camino para conocerla.*

Con cuatro series iniciamos este proyecto editorial; serie Saberes muestra obras fundamentales sobre el saber ancestral y actual de los pueblos; serie Mitología reúne textos que conforman los ciclos cosmogónicos a través de historias míticas; serie Creación Indígena recoge distintas formas literarias, nuevas versiones y resúmenes de narraciones mitológicas emparentadas con la poesía, y la pluralidad de creaciones genuinas del quehacer indígena como fuentes de expresión artística; y serie Resistencia Indígena expone trabajos concretos acerca de las luchas durante la colonización y la mirada del indígena ante la invasión, y cómo ha sido y es la resistencia hasta nuestros días.





Prólogo

El “suceso de La Paragua”, ocurrido a fines del 2006 en el sur de Venezuela, relativo al trágico desenlace de una acción militar contra un grupo de mineros ilegales, estremeció la conciencia nacional. En adición a la lamentable pérdida de varias vidas humanas, la confluencia en el hecho de temas como el de la depredación minera contra un acervo natural tan emblemático e importante para el país como es la región al sur del Orinoco, una desacertada y deplorable actuación por parte de representantes de las fuerzas armadas nacionales en el hecho, y el tema de hasta qué grado las actuales políticas públicas son adecuadas o suficientes para enfrentar tan apremiante tipo de problemática, han –como un todo– dado al suceso el carácter de estremecedora clarinada.

Ha llamado la atención, en particular, que entre las víctimas hayan estado dos indígenas, supuestamente incursos en la actividad minera ilegal, la cual parece haber estado atrayendo a un número creciente de aborígenes. Lo que suscita el adicional alarmante tema de los bemoles de la aculturación indígena, propiciada por un desarrollismo perverso, expresión de una suicida cultura universal que subyuga al mundo, con frecuencia allende de las ideologías políticas. Sabido es que la minería depredadora y comercial no ha sido en general parte de la cultura indígena tradicional. Las culturas

indigenas, por el contrario, han sido normalmente consideradas como faro de sabiduria para un respetuoso y racional aprovechamiento de los vitales bienes que la Madre Naturaleza tan generosamente ha provisto.

En buena hora pues, hacen acto de presencia los aportes contenidos en esta obra, provenientes de dos destacados estudiosos o cultores de la sabiduria indigena tradicional, advirtiendosobre los peligros o efectos de la desvirtuaci3n de la misma, no s3lo en el campo del correcto usufructo de la Naturaleza sino en otros campos como el cultural y el pol3tico; as3 como llamando a un rescate de la cultura indigena verdadera, a fin de hacer valer su aporte a la soluci3n sabia y constructiva de los grandes problemas que confronta nuestro pa3s y el mundo actual, particularmente en materia de unas m3s correctas nociones del bienestar, la riqueza, la organizaci3n pol3tica y la toma de decisiones, y los esenciales valores espirituales y 3ticos.

Los dos primeros de dichos aportes fueron originalmente elaborados para el *I Foro Social Internacional sobre Sabidur3as Ancestrales* (realizado en Cochabamba, Bolivia, del 10 al 17 de octubre del 2006); y el tercero, es de m3s reciente data.

Mediante esta publicaci3n los hacemos disponibles por considerar sus reflexiones y consideraciones como de particular valor, a los efectos de aportar a la ampliaci3n y elevaci3n del debate sobre la referida importante tem3tica en nuestro propio pa3s e internacionalmente.





“El socialismo indígena” a la luz de la metaética trascendental y milenaria aborígen

El tema del “socialismo del siglo xxi” es realmente comprometedor por diversas razones. Está presente el relativo fracaso de varios modelos socialistas reales durante el siglo xx, lo que produjo el retroceso del socialismo como tal, hasta reducirlo –al menos provisionalmente– a un número restringido de países, a menos que incluyamos con toda amplitud los sistemas simplemente socialdemócratas, que en general no son más que capitalismo encubierto y algo suavizados en ciertos aspectos a veces importantes. Las propias teorías socialistas –marxistas, neomarxistas o de otra procedencia– han sido objeto de todo tipo de críticas y revisiones, de suerte que tenemos en la actualidad un archipiélago teórico que en ciertos casos pareciera un mero cementerio de ideas. A esto se suma que tanto los conjuntos relativamente codificados como ciertas propuestas sueltas, escasamente contextualizadas, tomadas de fuentes no eurocéntricas ni occidentales, por ejemplo, los llamados socialismos africanos e indoamericanos, aparte de algunos asiáticos, cuentan todavía con escasa receptividad incluso en los países del sur, las colonias de antaño, donde más deberían prosperar (Monsón, 1982).

En un espacio tan reducido no podemos ceder a la tentación de intentar largas y a veces tediosas explicaciones al respecto. Más nos vale retomar con toda valentía la idea-clave de crear libremente nuevos y distintos modelos de convivencia humana, cada vez más independientes de los eternos nuevos aspirantes a constituirse en “pensamientos únicos alternativos”. A veces da hasta risa, aunque sinceramente nos enardece, presenciar el extraño fenómeno de que incluso para ser reconocido como el “malo de la partida” se viene aplicando un extraño reduccionismo. Para algunos mentecatos que se creen revolucionarios el único ser humano que tiene el derecho de ser malo de verdad es el Presidente Bush de los Estados Unidos: todos los demás serían meros imitadores, farsantes o unos pobres ilusos sin trascendencia alguna. Sin agotar en lo mínimo este interesante tema, parece bochornoso que mientras en Irán se reprime horrorosamente a las mujeres sólo por presentarse en vestimenta no tradicional, se las encierra en prisiones para que las vayan a buscar los maridos u otros “representantes” del sexo “fuerte”, en Venezuela se tiende a crear una imagen idealizada de la “revolución islámica iraní”, en su calidad de uno de nuestros grandes aliados internacionales, por el solo y único hecho de tratarse de enemigos irreductibles del imperio de Washington. A este extremo ha llegado el maniqueísmo basado en la figura del “enemigo principal”.

Hasta ahora no hemos hecho sino rozar algunos de los cuestionamientos que se ciernen sobre la posibilidad misma de verdaderos procesos o revoluciones socialistas. Nosotros, sin embargo, optamos por ahorrarnos esta discusión, a sabiendas de que la humanidad y sus muy diversas culturas requieren, sin duda ninguna, de un nuevo orden mundial sostenible, sustentable, solidario, pluridimensional, pluralista, que rechace e impida al mismo tiempo tanto el desvanecimiento de la sociedad en aras de un individualismo o grupalismo mafioso, oligopólico, voraz y soberbio como el aplastamiento del individuo, de la persona humana como tal, por pesados aparatos políticos, militares, tecnoburocráticos y macroeconómicos. Como si ello fuera poco, la permanencia de la Tierra como planeta habitable supone igualmente el viraje radical hacia un nuevo socialismo entendido como sistema mundial alternativo capaz de respetar al máximo las limitaciones telúricas, así como de llevar a su cabal



expresión las potencialidades creadoras tanto humanas como las del resto de la naturaleza en su conjunto.

Precisamente dentro de esta contextualidad general querríamos introducir lo que podríamos llamar de modo inmediato “socialismo indígena”: no como algo orgánicamente interdependiente o asociado con cualquier otra propuesta con la cual podría presentar analogías, especialmente con el socialismo africano; ni como una configuración internamente elaborada y codificada de la cual todavía no hay nada; ni menos aún como un flujo de ideas reductible de algún modo a formulaciones pretendidamente más “científicas”, vale decir eurocéntricas. Otro punto que quisiera aclarar desde ya es que particularmente, junto a muchos otros colegas, veo la aplicabilidad de cualquier planteamiento que involucre ese socialismo indoamericano, de manera laxa o a veces más sofisticada en dos sentidos diferentes pero complementarios. En primer lugar, las propias sociedades indígenas estarían llamadas a continuar y enriquecer su existencia histórica dentro de un marco socialista indígena endógeno, mas al propio tiempo interculturalmente optimizado con suficientes aportes procedentes y reelaborados a partir de otros modelos compatibles. En segundo término –y esto es muchísimo más importante de lo que cree la gran mayoría de la opinión pública incluso ilustrada– ese socialismo indígena, recodificado y flexibilizado de la mejor forma posible con todo el respeto por su diversidad interna, podría ser un insumo realmente maravilloso sin ninguna exageración– para perfeccionar en su conjunto todo nuestro acervo de pensamiento socialista, con miras a la transformación integral del mundo con alcances planetarios y cósmicos.

Casualmente, mientras estaba cavilando sobre cómo empezar una caracterización del ideario socializante indoamericano, independientemente del nombre que le impongamos, el cual además variará según el idioma y las particularidades antropolingüísticas de cada pueblo (Mosonyi, 1975), llegó a mis manos por obra de poderes espirituales superiores, como dirían los mismos indígenas, una hermosa entrevista que se le hizo al Presidente y líder aymara boliviano Evo Morales. Por ahora no discutiré si sus palabras remiten en su totalidad a los hechos o si los nobles propósitos señalados serán o podrán ser realizados al menos parcialmente o con la debida

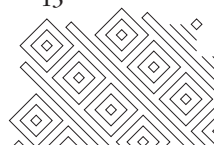
coherencia durante su gestión presidencial. Independientemente de algunas legítimas reservas pasaremos a comentar ciertos puntos de interés especial, seguros de avanzar significativamente en el tema. Nuestra fuente es el semanario *Las verdades de Miguel*, del 20 al 26 de abril de 2007, en entrevista realizada por los periodistas Real Vela, Omaira Zabib y Fernando Bossi. Antes de entrar en materia queremos llamar la atención sobre el hecho de que las palabras del dirigente boliviano logran romper el hielo de lo que siempre se esgrime por mentes reduccionistas en cuanto al aporte social indígena: eso de considerar que los aborígenes tan sólo ofrecen en forma vaga unas versiones amorfas de colaboración comunitaria, que si bien pueden inspirar algunas propuestas neosocialistas, tampoco difieren mucho de otras formas de trabajo en común que ofrecen pueblos y entidades distintos de los indígenas. El repetir unos lugares comunes asociados al indígena, como trabajo comunal, solidaridad interfamiliar, respeto a la naturaleza y cierta espiritualidad, queda demasiado lejos de lo que verdaderamente ofrecen y pueden brindar a la humanidad entera centenares de pueblos, cuyas alternativas múltiples hasta ahora se han ignorado y hasta desdeñado.

Evo Morales afirma, ya con la primera pregunta, la existencia de la solidaridad permanente, la reciprocidad y la complementariedad. Pero en seguida añade que en la comunidad no hay mayorías ni minorías, porque después de largos, democráticos y respetuosos debates se llega casi siempre a un consenso suficientemente importante como para llevar adelante los asuntos comunales a un ritmo satisfactorio. Esto es sumamente significativo, ya que hasta ahora nuestros socialismos reales y otros sistemas parecidos –aun los más humanistas y tolerantes– han partido, digamos que siempre de un supuesto axioma de que hay los buenos y los malos, los nosotros y los ellos, los güelfos y los gibelinos, o llamémoslos como nos dé la gana. Resulta siempre que los “buenos”, es decir, los revolucionarios, los afectos a un proceso transformador, son muchísimo menos que la canalla despreciable; ya que la dicotomización presente en la mayor parte del pensamiento occidental y del mundo judeocristiano en general casi nos obliga a verlo todo en blanco y negro, de la manera más irracional y apasionada. Aparte de que no existen los “grises”, menos aún se percibe toda la escala cromática que se incluye en el arco iris y hasta más allá de sus extremos visibles.



Antes de reproducir un testimonio de Evo, queremos añadir por cuenta nuestra que en el mundo indígena, hasta donde lo conocemos, el consenso no mata la diversidad de pensamiento y el adherirse a una solución permite todavía que ciertos individuos y familias mantengan en reserva algunas ideas distintas. Así, dentro de una comunidad parece lógico que unos ejecuten las obras con mayor entusiasmo que otros, les dediquen tal vez mayor tiempo y esfuerzo, mientras que algunos permanecen discretamente en la retaguardia sin sabotear jamás y sin llevarle abiertamente la contraria a lo que decidió el colectivo. Esto permite que en la medida en que fracase o sea insuficiente lo resultante de un consenso logrado, haya todavía otros recursos que posteriormente podrían ponerse en práctica a base de otras discusiones y eventualmente un nuevo acuerdo. Lo llamativo es el mantenimiento de la armonía, pues una comunidad indígena prefiere dividirse y marcharse cada uno por su lado antes que mantenerse juntos con iras y reconcomios. Pasemos ahora al testimonio de Evo, quien relata –palabras más, palabras menos– que una comunidad indígena se rebeló contra un Prefecto corrupto e injusto, pero que éste logró persuadir a los mestizos no indígenas de que la sedición era contra todos ellos; sin embargo los manifestantes indios se comportaron de una manera tan respetuosa y digna que finalmente lograron convencer a los demás de que su único objetivo era el Prefecto y más bien demandaban la solidaridad de los otros, la que a última hora llegaron a obtener. Esto, ciertamente, no le pone fin todavía a las tensiones raciales y culturales entre indios y mestizos, pero sí permite el acercamiento de los dos bloques en forma progresiva, hasta convertirlos en aliados estratégicos sin necesidad de amalgamar sus identidades.

Dice Evo Morales: “...el movimiento indígena no es vengativo, no es rencoroso. Damos todo por defender la vida para todos. Si está luchando contra un Prefecto, que roba, que divide, que quiere dividir Bolivia, pues está defendiendo también a la gente de la ciudad”. Después, el hoy Presidente comenta que los mismos criollos que por instigación y órdenes superiores golpearon y maltrataron primero a los manifestantes indígenas, posteriormente se sumaron a ellos: “...después los mismos que golpearon, mataron, apalearon, agredieron, se dieron cuenta de que el enemigo era el Prefecto, y al



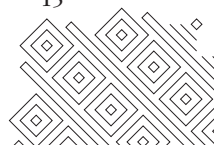
día siguiente salían con comida, con refrescos, con panes, con frutas para apoyar esa movilización; fue impresionante. Somos cultura de vida, no somos excluyentes ni vengativos”. En este punto, no podemos resistir la tentación de comparar este aserto con lo que habitualmente sucede en los países revolucionarios, que no sólo excluyen y execran gran parte de su ciudadanía –aunque se mantengan neutrales o tibio– sino que provocan de algún modo la emigración compulsiva o inducida de un porcentaje tan alto que puede llegar a ser mayoría. Uno entiende perfectamente que en un proceso difícil y exigente de transición sociopolítica siempre habrá uno que otro que se muestre irreductible a todo cambio; lo que no me parece aceptable es permitir o propiciar que un número abultado de habitantes sea percibido como opositor o, en todo caso, como un sector con el cual no sea posible sentarse a departir e intercambiar puntos de vista, ni siquiera negociar en el sentido más elemental, para lograr la recomposición del cuerpo social. Tal cosa serviría para fortalecer y llevar a la victoria cualquier proceso transformador.

Profundicemos ahora lo que Evo manifiesta sobre la “cultura de la vida”: “...el movimiento indígena, por tanto vive para la vida y para la humanidad...por tanto acá, es parte de la cultura de la vida”. Hay que agregar que esto lo dice un dirigente de un pueblo relativamente numeroso, el aymara, repartido entre Bolivia, Perú y Chile. En consecuencia, estos conceptos son aplicables aun con más rigor a otros pueblos y comunidades que a veces no sobrepasan sino que están por debajo de los cien o doscientos integrantes, tal como sucede con los mapoyo, yavarana o warekena en Venezuela. Aquí tendré que ser un poco duro y radical pero es inevitable. La comúnmente llamada lucha armada, inclusive la resistencia armada, la conversión del pueblo en ejército y con fusiles al hombro, es simplemente impensable en estos casos. Esta gente tiene que sobrevivir a fuerza de inteligencia, astucia y conocimiento del medio; si no lo logran, se les masacra en un santiamén. Así como pueden extinguirse en una epidemia de gripe, basta también una sola descarga de armas de fuego para no dejar un solo sobreviviente. Y conste que esto ha pasado muchísimas veces y parecería hasta ingenuo e impropio pretender aducir ejemplos concretos, que los hay por millares, de antes y de ahora.



Pero si queremos calar más hondo, cualquier comunidad rural, indígena o no, es extremadamente pequeña y vulnerable, sobre todo ante la profusión actual de medios de destrucción masiva. Además, cada una de estas comunidades pequeñas atesora unos bienes culturales, tangibles e intangibles, de valor incalculable dentro de su diversidad. A ello debemos en rigor agregar también los múltiples y a menudo inmensos ecosistemas en cada uno de esos ámbitos, frecuentemente contentivos de especies biológicas amenazadas. Esta es una de las razones de fondo por las que nos hemos opuesto siempre a cualquier militarización convencional de las comunidades indígenas y, sobre todo, a la limitación de nacimientos en su seno mediante el control de la natalidad. Aquí cabe agregar algo muy importante. También son extremadamente peligrosas las tentativas de experimentación humana, provenientes inclusive de gobiernos que tratan de beneficiar al indio o buscar su redención social, cancelando de paso –así lo creen– la deuda histórica hacia estos pueblos a partir de la conquista (Fundación La Salle, 1980).

Muchos autores han insistido –nosotros con harta frecuencia– en el carácter etnocida de las intervenciones estatales u otras de la sociedad envolvente, cuando estas son masivas, inoportunas, casi siempre inconsultas. En las últimas décadas se nos ha oído, ya que por fortuna tal ha sido también el reclamo incesante de las organizaciones indígenas de todos los países. Pero la tentación nunca cesa, y todavía resurgen voces que reclaman la potestad de seguir salvando desde afuera los cuerpos y almas de los indígenas. Una cosa es, por supuesto, la acción oficial respetuosa, concertada ampliamente con cada comunidad, pluralista y siempre más y más intercultural: esto pertenecería a la esencia misma del verdadero socialismo indígena, cuya acción dialogante servirá igualmente para los indígenas y el resto de los venezolanos, incluyendo la reorganización y redimensionamiento de nuestro Estado. Mas al propio tiempo hay que recordar que Venezuela cuenta con un alto número de comunidades que hasta el presente han tenido muy poco contacto y una mínima compenetración con el mundo envolvente, y que quizás por esto tengan muchísimo que ofrecernos en materia de originales aportes socioculturales, tecnoeconómicos y políticos. Todo ello está aún en proceso de estudio y sólo con el tiempo sabremos hasta qué punto



se llegará partiendo de allí a un diálogo intercultural repotenciado e inédito, cuyos alcances podemos sospechar mas no comprender a plenitud. Me refiero, por ejemplo, a los múltiples conocimientos botánicos, biomédicos, tecnológicos ahorradores y la psiquiatría social de raíz chamánica y profundamente espiritual. Aquí estarían algunos aportes a futuro dentro de una concepción más amplia y dinámica de un socialismo del siglo XXI.

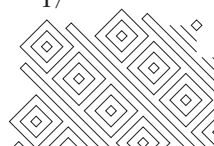
No obstante, como señalamos más arriba, hay un sector creciente de revolucionarios fundamentalistas que quieren llevar sus ideas transformadoras desde ahora mismo al seno de estas comunidades todavía algo apartadas, en la creencia ingenua y aún apegada al evolucionismo decimonónico, según la cual estos indígenas serían hoy el remanente más puro de un supuesto “comunismo primitivo”, y por consiguiente constituirían los mejores sujetos experimentales para un modelo inducido a partir de sociedades occidentalizadas. Éste se caracterizaría por desconocer totalmente la propiedad privada, descartar la vigencia del individuo como tal y hasta el papel de la familia como núcleo social generador absolutamente fundamental en cualquier lugar del mundo. Nuestro temor no es infundado porque ya comienzan a aparecer en este tipo de comunidades –yano-mami, sanemá, yekuana, algunas piaroa y de otras etnias– brigadas cívico-militares, contingentes de funcionarios públicos y grupos de voluntarios que en verdad no poseen preparación alguna para enfrentar la realidad de estas comunidades, pueblos y culturas. Por ejemplo, no entienden que si bien la propiedad sobre la tierra no existe en términos absolutos como pretende cierta interpretación de códigos jurídicos derivados tanto de la *lex romana* como del derecho consuetudinario anglosajón, sin embargo las familias usufructúan y cultivan siempre sus parcelas separadas. De allí surge en su seno la necesidad de mecanismos compensatorios comunales de distribución y redistribución para un disfrute final equitativo de los recursos, evitando así la división en familias y personas más o menos favorecidas. Pero ésta es materia muy compleja, dependiente principalmente de la organización familiar en cada cultura y otros códigos simbólicos, que con certeza no se reducen a ningún comunismo primitivo ni pueden ser asimilados en dos semanas por un contingente de brigadistas recién paridos por una ideología ajena y



homogeneizante. De esta manera, asistimos a la imposición de toda una nueva estructura institucional, con sus Consejos Comunales, Cooperativas, esquemas educativos, configuraciones simbólicas y consignas partidistas revolucionarias desconocidas, totalmente incomprensibles para el indígena monolingüe en su idioma.

Insistimos en nuestra postura de siempre, de que es necesaria la presencia del Estado y sus instituciones, el diálogo intercultural respetuoso y el remedio consensuado de las carencias que encontramos en cualquier comunidad indígena –desde las menos aculturadas hasta las que se asemejan a las aldeas campesinas étnicamente desestructuradas–; sin embargo, tales propósitos no son realizables mediante el envío masivo –que al indígena le parece invasivo– de un elevado número de personas extrañas, que llevan a menudo órdenes discrepantes entre sí y raras veces basadas en necesidades concretas. Es doloroso decirlo, pero tengo información por lo menos fidedigna de que en ciertas comunidades del Alto Caura viene aumentando el número de suicidios, especialmente entre indígenas jóvenes que no hallan cómo enfrentar esta crisis de magnas proporciones recién inducida. Lo que sí sabemos plenamente, ya a partir de la antropología clásica de Boas, Malinowski y Lévi-Strauss, es que los cambios bruscos y alteraciones radicales provocadas en comunidades indígenas anteriormente aisladas o semiaisladas constituyen una causa potencial ya no del etnocidio –de índole más bien cultural– sino de formas indirectas de genocidio, pues siempre conllevan la carga de nuevas enfermedades endémicas y epidémicas, además de la articulación totalmente desigual de las sociedades en contacto forzado, represivo en última instancia.

¿Hasta cuándo tardaremos en comprender que el socialismo necesita de insumos originales e inéditos para su renovación y re-potenciación, en lugar de la práctica tan común de seguir aplicando recetas triviales y fracasadas? Diremos una y mil veces que atosigar a los pueblos indígenas con fórmulas socializantes eurocéntricas no sólo puede matar en germen cualquier contribución propia emanada de la sociodiversidad sino que puede hasta revestir un carácter tragicómico; porque si alguien sabe por experiencia milenaria de comunidades y de convivencia solidaria entre la gente y con la naturaleza, son precisamente los indios americanos, especialmente



aquellos que nunca estuvieron organizados en grandes imperios ni se dedicaron a la conquista bélica de otras sociedades. Lo mismo vale para las microetnias de otros continentes. Exportarles ahora desde nuestras capitales el esquema comunitario parece casi una burla; es como llevar baldes de agua al océano. Por favor, recuperemos la *sindéresis* y tratemos de aprender algo nuevo y distinto de otros pueblos, aunque sea por primera y única vez en nuestra vida. A veces pienso que nuestra soberbia trasciende todo límite imaginable.

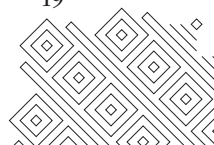
Este es el punto en que podemos detenernos brevemente para ilustrar el uso del lenguaje y del discurso entre la mayoría de los pueblos indígenas, con todo lo que ello puede significar para rehacer algunos aspectos simbólicos y conceptuales del bagaje socialista acumulado. Aun cuando hayamos insistido una y otra vez en apuntar a la ausencia de abstracciones sin referentes y de la rotulación excesiva –podríamos llamarla nominalismo patológico– en el uso natural y cotidiano de cualquier idioma indígena, parece que nuestros interlocutores revolucionarios ni entienden ni quieren hacernos caso. Vamos a dar un ejemplo sencillito. Cuando yo le pregunté hace tiempo a un joven pumé bilingüe cómo decían ellos “belleza”, “bondad”, “honradez” y otras cualidades abstractas similares, y en seguida ofrecí una oración en español “admiro la belleza de la mujer”, el colaborador de mi trabajo lingüístico respondió con el mejor humor del mundo: “Todo esto lo podemos traducir de muchas maneras y si quiere estaremos hablando horas enteras; pero nosotros preferimos decir en casi todos los casos ‘me gustan las muchachas bonitas’; eso de la ‘belleza’ es un poquito afectado ¿no le parece?”. Llevando este razonamiento al terreno político, a estas comunidades les resulta insoportable y fastidioso que les hablen durante horas de “mejorar la calidad de vida”, “luchar contra la pobreza y la miseria”, “desarrollar y fortalecer la comunidad”, y tantas cosas más que conforman el repertorio de nuestros oradores de podio cuando están frente a las “masas”. Por cierto, el término “masas” es particularmente ofensivo e indigerible en estas culturas: al igual que el de “espacios vacíos”.

Pues bien, cualquier indígena que hable medianamente el español entiende perfectamente tales frases y hasta puede traducirlas literalmente a su idioma (Mosonyi y Mosonyi, 2000), pero sucede



que no les dicen absolutamente nada, los dejan con un vacío absoluto que los mata de aburrimiento. Ellos quieren saber cuándo se les demarcarán las tierras, cómo se efectuará la mensura y hasta dónde llegará cada territorio colectivo, con sus lugares sagrados y los espacios necesarios para su movilización, ya que el conuco indígena trata de no agotar el suelo permaneciendo por largo tiempo e ininterrumpidamente en un solo sitio. También les interesa saber qué pasará con sus enfermos y cómo serán las escuelas oficiales, a fin de armonizarlas siquiera un poquito más con la cultura e idioma locales. Además, tampoco les gusta que desde afuera “se les hable”, sino que prefieren tener un intercambio de ideas y criterios con la gente que viene de lejos, en el que ellos –como anfitriones que son– pudieran en primerísimo término manifestar sus necesidades, ideas y deseos formulados a partir del conocimiento vivencial e insustituible de su propia realidad. Así como a ningún indígena le agrada regañar ni ser regañado y para sus sentidos el maltrato verbal es equivalente a la tortura física, tampoco aceptan que alguien ajeno a su comunidad les dicte y dictamine desde arriba lo que deben hacer y pensar, querer u odiar. El colonialismo lo hizo y los resultados desastrosos están a la vista. Evo Morales reafirma que el indio no está hecho para el servilismo.

Cuando el periodista le pregunta “Evo, ¿por qué al lema ‘no seas mentiroso, ladrón, perezoso’, le has agregado el ‘no seas servil?’”, él le responde: “Es una ley cósmica que nos dejaron nuestros antepasados... no robar, no mentir ni ser flojo. Pero en la cultura occidental encuentras, encuentro el servilismo, el ‘llunqo’. Aumentamos nosotros en esta nueva generación el ‘ama llunqo’, ‘no ser servil’”. Lo que los indígenas reclaman, también según palabras de Evo, es “justicia y solidaridad”. Por eso nos entristece tan profundamente cuando integrantes de diferentes comunidades continúan presentando sus quejas referentes no a todos pero sí a una buena parte del funcionario y voluntariado, tanto civil como militar, que con frecuencia creciente visita y a veces atiborra su hábitat, acabando de paso con todo vestigio de privacidad y tal vez de autonomía. Tenemos que volver a insistir en algunos planteamientos. El acercamiento y diálogo intercultural son provechosos, incluso imprescindibles, cuando se hacen con sindéresis, conocimiento pleno y empatía creciente alimentada por la reciprocidad. Mas en medio de la improvisación



compulsiva ni siquiera las personas de mejor voluntad que deciden compartir su experiencia y a veces existencia con los indígenas están en capacidad de hacerlo en forma óptima. A esto se suma la presencia de una minoría verdaderamente indeseable —quizás inevitable en las circunstancias prevalentes—, sistemáticamente denunciada por los indígenas y sus aliados, quienes exhiben ambiciones personales, voluntad de poder, apetito sexual, e inclusive alimentan planes malévolos; como dividir a los indígenas para ocupar, contaminar y deforestar sus tierras; despojarlos de sus recursos mediante el engaño, cuando no por la violencia. Todo esto es perfectamente reversible y todavía estamos a tiempo de abstenernos de hacer más daño, pero no si persistimos en la idea falsa y racista de que “los indios pueden ser objetos receptores de la revolución, mas no sus autores ni protagonistas”.

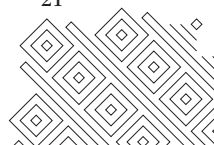
Dicho esto, algo que representa un resumen muy apretado de un tema riquísimo e inexplorado en cuanto a sus aportaciones y potencialidades (Bracho, 2006), pasaremos en seguida a resumir a continuación en diez puntos las facetas principales —como las percibimos hasta ahora— de lo que podría ser el perfil de un genuino “socialismo indígena”: tanto en su propia esencia como en su trascendencia hacia un modelo más general y ecuménico, que todavía estamos esperando ante la insuficiencia de tantas formulaciones de extracción muy diversa:

- 1) Las propuestas indígenas están basadas en la diversidad interna y externa de cada sociedad participante (Grupo de Barbados, 1993), con énfasis en las microsociedades —muy diferenciadas entre sí— de orientación comunal. En estas comunidades observamos una amplísima tolerancia frente a todo tipo de manifestaciones individuales, siempre y cuando no amenacen decididamente la convivencia de los copartícipes ni la sostenibilidad histórica de la sociedad como tal. Esa misma tolerancia se extiende a los representantes de otras formaciones sociales, incluidas las occidentales.
- 2) En casi todas partes —incluso en las comunidades relativamente aculturadas— encontramos formas de solidaridad,



reciprocidad y búsqueda de consenso, en cuya ausencia sería prácticamente imposible sostener estas formas de convivencia en el tiempo. El disenso puede mantenerse latente, mas no suele interferir en la ejecución de planes y tareas comunes ni romper el equilibrio subyacente.

- 3) Los indígenas trabajan casi siempre juntos, en equipos organizados, pero manteniendo cada persona su dignidad e individualidad: la masificación es impensable dentro de los parámetros tradicionales. Lo mismo vale para los miembros de toda familia nuclear o extendida, en cuyo seno cada persona tiene sus obligaciones y derechos específicos, generalmente según los cánones de cada sistema de parentesco.
- 4) En las comunidades más tradicionales y carentes de espíritu de conquista sólo en un momento o breves períodos de crisis puede surgir una jefatura fuerte, la cual cede tan pronto pasa la emergencia. A los jefes, chamanes, artesanos y otros expertos se les respeta, pero nunca se da la sobrestimación, idealización o endiosamiento de cualquier miembro de la comunidad por destacado que sea.
- 5) Los indígenas se consultan y se reúnen durante largos días en torno a cualquier asunto de interés colectivo, sobre todo al ser de cierta gravedad. Cada uno puede intervenir sin límites de tiempo y cuantas veces crea necesario, aunque tratan de no abusar de ese derecho en perjuicio de los demás. Las decisiones se toman por consenso, una vez que se hayan aclarado todos los detalles.
- 6) Los problemas se plantean en torno a situaciones inscritas en el presente, para tomar decisiones cónsonas con la realidad actual, cuidando al mismo tiempo de no comprometer el futuro y mantener así la continuidad y la sostenibilidad, a través de las generaciones sucesivas. No se planifica exclusivamente para el futuro con promesas –inclusos con visos de probabilidad– al estilo de que “nuestros nietos vivirán



mejor” o que todo se perfeccionará dentro de cincuenta o más años. También es preciso aclarar que el indígena evita acumular tensiones, actuar de manera precipitada e improvisada, dejarse dominar por la impaciencia o el estresamiento. Cuando le toca comer o descansar actúa en consecuencia y no le gusta ser molestado ni acosado.

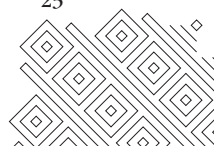
- 7) Las asambleas indígenas se caracterizan por el buen uso del lenguaje. Todos hablan con mucha fluidez y seguridad, casi nunca titubean ni demuestran indecisión, aunque pueden cambiar su punto de vista al ser convencidos por argumentos mejores. La elocuencia sobria es un valor importantísimo. Los insultos y recriminaciones son inaceptables y una persona de carácter nervioso o histérico es visto como un demente, como alguien que perdió el control sobre sus palabras y actos.
- 8) A los pueblos indígenas no les agrada colocar etiquetas o nombres abstractos a las ideas y a la manera de pensar de un individuo o grupo. Así, nada les dice una expresión como “socialismo del siglo xx o xxi”, el “proceso revolucionario”. En seguida preguntan por los referentes y los hechos precisos en que se traduciría su aplicación dentro del propio contexto comunal y regional. Como aporte intercultural pueden aceptar algunas categorías inventadas en otras sociedades, siempre y cuando estén totalmente convencidos de la debida armonización y compatibilización con sus propios deseos y necesidades.
- 9) Cuando discuten las propuestas de algún ente foráneo, generalmente algún organismo gubernamental, señalan con nítida precisión en cuáles aspectos existe pleno acuerdo o, por el contrario, cierto desacuerdo de mayor o menor gravedad según cada caso concreto y específico. No aceptan de buena gana las ofertas en bloque y menos aun si ya vienen previamente elaboradas o se les requiere la obediencia acrítica. Es fácil parlamentar con los indígenas si



sus intereses son respetados y cuando prevalece un ánimo colectivo constructivo por ambas vertientes.

- 10) Las comunidades indígenas están muy claras sobre la necesidad de evitar y aun evadir cualquier posibilidad de enfrentamiento violento, que implique la muerte de personas o la destrucción del entorno ambiental. Aparte del carácter de estos pueblos y la índole de su cultura, ello tiene también una poderosa explicación histórica. Durante quinientos años de avasallamiento estuvieron obligados a resistir políticas netamente destructivas de etnogenocidio, que los llevó al borde de la desaparición física y cultural. Ahora, con los derechos recién adquiridos y una situación político-social mucho más favorable, optan decididamente por el derecho a la vida, a la continuidad histórica, a la preservación del ambiente, al disfrute pleno de su cultura, idioma, identidad y especificidad. No es entonces una política aplicable a estos pueblos, por parte de los gobiernos nacionales y sus instituciones, el insistir nuevamente en puntos álgidos como volver a la lucha armada, hacer nuevos y grandes sacrificios y, en general, seguir más volcados hacia un futuro inasible que a la reconquista del presente que les pertenece.

Antes de concluir este ensayo, querríamos tocar rozando dos temas bastante polémicos que nunca dejan de aflorar cuando se discute sobre comunidades indígenas, especialmente en relación con la idea del socialismo. El primero sería la opinión de aquellos nuevos aliados de estos pueblos que podrían caer bajo el peso de una crítica que hicimos hace un momento: el asumir una misión transformadora en medio de cualquier comunidad indígena sin estar realmente preparados para ello, preocupados solamente por llevar su mensaje y sin tratar de captar la realidad y las peticiones de los propios destinatarios. Aun así suelen decir esas personas que normalmente se les recibe bien, se hacen amigos de los indígenas y hasta logran sus propósitos; por ejemplo, crear una cooperativa u organizar un taller sobre cultura general, en el sentido de introducir



algún aspecto de la cultura occidentalizada. Nosotros, en este caso, les responderíamos lo siguiente: los indígenas, a través de los siglos transcurridos, han tenido que calarse los peores tratos y aun persecuciones con saldos fatales. Por eso, al existir organizaciones oficiales o privadas que se acercan a ellos con muestra de afecto y solidaridad, de alguna manera interesadas en su problemática, responden inmediatamente con una actitud positiva aunque no concuerden con sus planteamientos. Esto no significa que renuncien a sus propias prioridades o que las enseñanzas recibidas de esa forma improvisada vayan a dejar profundas huellas. A ello se suma el efecto imborrable que ha producido en los pueblos indios de Venezuela la sola aparición de la Constitución y el reconocimiento institucional de sus derechos. Todo esto tiene que suscitar en cualquier sociedad oprimida un sentido de gratitud que durará largos años. Sin embargo, a esas medidas iniciales hay que darles un buen seguimiento; por lo cual los planteamientos antes expuestos persiguen el objetivo de contribuir a una acción tanto oficial como extraoficial que encaje de la mejor manera –hasta donde podamos lograrlo– en un proceso de desarrollo endógeno y sostenible de naturaleza intercultural, respetuoso de la cultura nativa y de su realidad contemporánea.

El otro punto insoslayable se concreta en un problema de carácter geopolítico y de seguridad de Estado. A algunos analistas les parece incluso delicadísimo, mas nosotros no compartimos ese temor tan inveterado. En todo caso, se oye decir con frecuencia que el Estado tiene derecho a intervenir las tierras indígenas cuando se trata de intereses fundamentales, tales como la seguridad de las fronteras, la existencia de especies minerales en el subsuelo u otros recursos naturales valiosos. En distintos lugares y contextos, hemos desarrollado una serie de argumentos al respecto. Por ahora nos toca más bien hacer un resumen apretadísimo, inclusive para restarle esa pretendida gravedad al asunto, siempre aprovechada por sectores anti-indígenas, apáticos o indiferentes. En realidad no ha habido un solo caso en la historia americana de que algún pueblo indígena o afrodescendiente haya protagonizado o deseado provocar un acto de secesión política. Por el contrario, siempre fueron los blancos y los mestizos, ante todo los más ricos e influyentes. Viendo esto más de cerca, los zapatistas siempre se manifiestan



como ciudadanos mexicanos que buscan el bienestar de la patria; las llamadas nacionalidades indígenas ecuatorianas son los más nacionalistas de los ecuatorianos; por lo que sepamos, Evo Morales es el Presidente de todos los bolivianos y jamás ha dado señal alguna de discriminar al resto de la población del país. En lo que respecta a los recursos naturales, hay miles de formas para llegar a un acuerdo razonado con las comunidades indígenas si es que se puede realizar su explotación sin graves daños ambientales y sin desmembrar o reducir el territorio perteneciente a cada etnia. Además, en términos generales, ante la emergencia ecológica y ambiental que atraviesa el planeta es mil veces mejor adjudicarles grandes extensiones de tierra a los pueblos originarios que continuar con una carrera ultradesarrollista vertiginosa y alocada que sólo persigue fines economicistas, energéticos y geopolíticos. Hace rato aludimos al rechazo por parte del indio a un término como vacío geográfico; para él todas estas tierras están pobladas de especies naturales y míticas, de espíritus tutelares y almas de los difuntos, de un número y variedad impresionante de símbolos que dan sentido y cohesión a su cultura, cuya característica más importante es la de ser telúrica y cósmica. De todas maneras y sea cual sea nuestra argumentación, la mejor garantía para la continuidad de la vida en Venezuela y, si se quiere, en el globo entero, es la mayor participación posible de las sociedades indígenas y tradicionales en una gestión compartida y con visión de futuro.

En un trabajo de carácter general como el presente, nos toca finalizar con unas pocas recomendaciones para el Estado y su gobierno, a fin de brindarle el mejor de los espacios posibles al despliegue de un auténtico socialismo indígena con miras al siglo XXI o, visto en una perspectiva más amplia, a este milenio que apenas comienza. En primer lugar, Venezuela no debe titubear tanto a la hora de ejecutar en forma resuelta y valiente la demarcación de las tierras y territorios indígenas, dándoles estos mismos nombres, ya que hablar solamente de hábitat nos remite más bien a la esfera de lo natural y lo biológico. Es triste decirlo, pero hasta países como Brasil y Colombia nos están superando en este ámbito de vital importancia. El otro punto que querríamos enfatizar es el de respetar mucho más la autonomía regional y local de estos pueblos, comunidades

y culturas, según los cánones y el espíritu de la Constitución Bolivariana, que si bien podría ser mejorada, en ningún caso sería aceptable que mediante una reforma se conculcaran o se eliminaran algunos derechos adquiridos a través de centenios de lucha y mucha sangre vertida. Ya para concluir, me permitiré recordarles a los responsables más directos del proceso hacia el cual se encamina el país, que el pluralismo étnico, cultural y lingüístico, en unión con la interculturalidad como puente que comunica en forma horizontal y democrática toda nuestra sociedad plural en su historia y en su esencia, sigue siendo uno de los planteamientos fundamentales y más innovadores que caracterizan y marcan los años más recientes de nuestra vida política. De hecho, ha habido un buen número de revoluciones y procesos transformadores que han luchado contra la pobreza, el analfabetismo y otras carencias que sin duda se deben combatir; pero hasta la fecha ninguno de ellos ha colocado entre sus objetivos primordiales y prioritarios a la diversidad biológica y cultural, el pluralismo étnico y social, el multilingüismo ni la interculturalidad. Seguimos insistiendo que éste tendrá que ser nuestro aporte si de verdad nos interesa crear algo original e inédito, en una versión mejorada de la máxima del maestro Simón Rodríguez: tal vez, si inventamos siguiendo rigurosamente estos lineamientos no correremos el riesgo de equivocarnos nuevamente el rumbo.





Bibliografía

Bracho, Frank. *La felicidad como centro de la sabiduría indígena ancestral*. Visión y agenda para un Mundo Nuevo. I Foro Social Internacional Sobre Sabidurías Ancestrales. Cochabamba, Bolivia. 12 al 15 de octubre del 2006.

Fundación La Salle de Ciencias Naturales. *Los aborígenes de Venezuela*. Caracas: Volumen I. Etnología antigua, 2006.

Grupo de Barbados. “Articulación de la diversidad”. III Reunión del Grupo de Barbados. *Anuario Indigenista XXXII*. 143-149. 1993.

Mosonyi, Esteban Emilio y Jorge Carlos Mosonyi. *Manual de lenguas indígenas de Venezuela*. Caracas: Fundación Bigott, 2000.

Mosonyi, Esteban Emilio. *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva*. Caracas: División de Publicaciones FACES-UCV.

Mosonyi, Esteban Emilio. *Identidad nacional y culturas populares*. Caracas: Editorial La Enseñanza Viva, 1982.

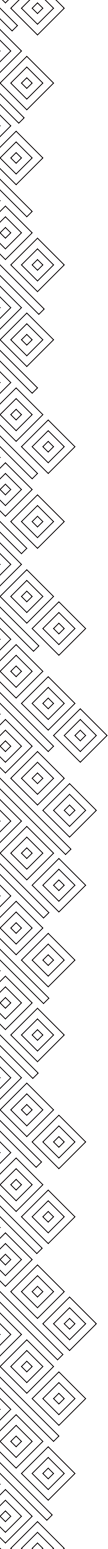
La felicidad como centro de la sabiduría indígena ancestral

Visión y agenda para un Mundo Nuevo

Frank Bracho

TRABAJO PREPARADO PARA EL I FORO SOCIAL INTERNACIONAL
SOBRE SABIDURÍAS ANCESTRALES
COCHABAMBA, BOLIVIA, 12 AL 15 DE OCTUBRE DEL 2006





Introducción

El término “sabiduría ancestral” tiene hoy dos connotaciones. La usual, que es la cronológica referida en los diccionarios, la cual remite el término a un “legado de los antepasados, algo tradicional y remoto”. Y otra cualitativa, más contemporánea, surgida al calor de las carencias de nuestra época, que ve lo ancestral como una sabiduría perdida que añoramos; una sabiduría anterior más conectada con la esencia más natural y genuina del ser humano y su entorno; una sabiduría más sabia, valga la redundancia. Porque en verdad estamos reaprendiendo, luego de que por tanto tiempo se nos enseñara lo contrario, que “no todo lo nuevo es siempre mejor; ni todo lo viejo, peor”...sino que la historia humana se ha movido más bien en especie de ciclos donde a veces los tiempos pasados han sido mejores o más sabios, aunque nada se ha repetido, nunca igual porque ha sido más bien una especie de movimiento espiralado.

Hoy existe la sensación generalizada de que hemos estado viviendo una parte baja o desfavorable en la onda cíclica; una “era de oscuridad y desarmonía”; y anhelamos, buscamos de nuevo, la vuelta a otra “era de luz y bienestar”, según la conciencia de lo posible que late en nuestra memoria recóndita.

Todo lo anterior, reivindicado en muchas tradiciones espirituales y proféticas, tiene encuentro común en el estudio y enseñanzas de la sabiduría ancestral. En la cual descolla el acervo indígena, tan conectado con el Orden Natural y sus Leyes; libro abierto del Gran Espíritu y de Dios. Libro donde yacen las claves de la realización humana resumidas en el concepto de la felicidad, sobre las cuales discurriremos en este trabajo.





La felicidad en la búsqueda humana

Ser feliz ha sido siempre una aspiración fundamental del ser humano desde que se tenga memoria. De allí que todas las tradiciones de sabiduría se hayan referido de una forma u otra a cómo lograrlo; conceptuando con frecuencia la felicidad como *summum* o pináculo de la realización humana.

La meta de la felicidad ha sido incluso consagrada como valor fundacional para naciones o gobiernos. Así lo preconizó Simón Bolívar, líder de la independencia de varias repúblicas suramericanas, quien afirmó: “El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible”. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos señaló la “búsqueda de la felicidad” como una de las aspiraciones fundamentales de la nueva nación; y padres de dicho manifiesto como Thomas Jefferson y Benjamín Franklin hicieron del valor de la felicidad parte central de su ideario político. A la felicidad en esos tiempos del siglo XVIII-XIX se le solía vincular con sentimientos de seguridad y estabilidad personal y social.

A pesar de lo anterior, a algunos escépticos-pragmáticos de hoy les sonará quizás demasiado general o utópico tal ideal, y algunos incluso dirán, con sorna, que si en esa época hubiese existido el concepto del Producto Nacional Bruto (PIB), la medida monetaria

que los economistas han entronizado hoy como valor supremo del bienestar nacional, los próceres lo habrían preferido.

Pero la meta de la felicidad sigue hoy retornando a la agenda de líderes y pueblos, cual aspiración vital insatisfecha. En ello han coincidido países tan diversos como Bhutan, cuyo gobierno ha declarado en tiempos recientes, en base a ancestrales enseñanzas budistas, que “el Producto Nacional de la felicidad es más importante que el Producto Nacional Bruto”; e Inglaterra, donde el gobierno ha decidido incorporar en las políticas públicas la promoción del bienestar y la felicidad social como objetivos explícitos. Por cierto, esto último es emblemático, puesto que fue en Inglaterra desde donde la ideología del PIB inició su proyección a todo el mundo.

Un reciente gran recuento de la BBC, la reconocida agencia de noticias inglesa, sobre la atención que el tema de la felicidad está logrando en la actualidad concluye lo siguiente:

La felicidad no es precisamente uno de esos temas que los medios que se llaman a sí mismos “serios” habrían considerado tratar hasta hace unos años (...) Pero de un tiempo a esta parte, como si se tratara de un virus infeccioso, el tema ha penetrado la cobertura de todos aquellos que se creían por encima de tal territorio (...) Ya sea que se trate de una cuestión de mercado o de las influencias de la llamada Era de Acuario, lo cierto es que el tema está de moda.

El reportaje de la BBC documenta además algo revelador que puede explicar el cambio en las políticas públicas inglesas antes mencionado:

De décadas de trabajo monitoreando la felicidad, uno de los datos cruciales que ha emergido es que, a pesar del enorme aumento de la riqueza vivido en los últimos 50 años en los países ricos, los niveles de felicidad no han aumentado.

Finalmente, de todos los estudios consultados, la BBC termina resumiendo las siguientes dos claves principales para el logro de la felicidad:



En primer lugar familia y amigos. Los estudiosos sostienen que mientras más amplio sea el círculo de personas con las que nos relacionamos y más profundas sean esas relaciones, mejores efectos tienen sobre el organismo (...) El segundo ingrediente vital es tener un significado en la vida, el creer en algo más grande o más poderoso que uno, ya sea en forma de religión, espiritualidad o una filosofía de vida.

Ambas claves también centrales en la sabiduría indígena sobre la felicidad como veremos más adelante a lo largo de este trabajo.

En la Cumbre del Milenio de la ONU, celebrada en el 2000 en Nueva York, el Secretario General de dicha Organización, Kofi Anan, presentó a los jefes de Estado los resultados de una encuesta Gallup internacional, la cual ha sido la encuesta de opinión pública más grande que se haya realizado y que abarcó unos sesenta países. La encuesta concluyó que “la gente valora la buena salud y una familia feliz como lo más importante sobre cualquier otra cosa”.

Como ya hemos dicho, una de las tradiciones de sabiduría más iluminadora, a los efectos de la búsqueda de la felicidad, ha sido la de los pueblos indígenas. Y dentro de ésta, la sabiduría de los pueblos indígenas de Las Américas, la cual influenció mucho el pensamiento de prominentes líderes revolucionarios de los siglos XVIII y XIX en Europa y las Américas, en su lucha en contra del autoritarismo monárquico-feudal y en pro de sociedades más humanas y libres. Entre ellos estaban líderes como Franklin, Jefferson y Bolívar.

La admiración de Jefferson por la sabiduría indígena en materia de felicidad llegó a ser tal que le hizo comentar: “Estoy convencido de que sociedades como las indígenas, que viven sin ningún gobierno, disfrutan en su población general de un infinitamente mayor grado de felicidad que aquellas que viven bajo los gobiernos europeos”. Jefferson había notado además que:

Los indígenas norteamericanos no están sometidos a ningunas leyes, poderes coercitivos o sombras de carácter gubernamental. Sus únicos controles son sus propias costumbres y sentido moral de lo correcto e incorrecto. La violación de ello es castigado con el desprecio o la exclusión de la vida social. Imperfecto como este tipo de coerción

podría parecer, los crímenes son muy raros entre los indígenas. (Johansen, 1982).

Bolívar por su parte nos dejó los siguientes comentarios:

El indio es de un carácter tan apacible que sólo desea el reposo y la soledad; no espera acaudillar a su tribu, mucho menos a dominar las extrañas (...) esta especie de hombres es la que menos reclama preponderancia; aunque su número excede a la suma de los otros habitantes (...) es una especie de barrera para contener a los otros partidos, ella no pretende la autoridad, porque ni la ambiciona ni se cree con aptitud para ejercerla, contentándose con su paz, su tierra y su familia. El indio es amigo de todos.

El mismo Cristóbal Colón había comentado en sus primeras crónicas lo siguiente en relación a su encuentro con la cultura indígena del “nuevo continente”: “Son la mejor gente del mundo y más sana. Aman al prójimo como a sí mismos. Son fieles y sin codicia de lo ajeno, su discurso es siempre dulce y gentil, y acompañado con una sonrisa...”

La información llegada a Europa sobre las felices bondades del autogobierno indígena influenció en verdad a una serie de pensadores revolucionarios a lo largo de varios siglos; desde Tomas Moro hasta John Locke, Rousseau, Engels y Marx. Las ideas de éstos a su vez regresarían al continente americano para influenciarlo en un interesante flujo en reverso. A pesar del distinto sentido ideológico de cada uno de ellos (la anarquía ilustrada de Moro, el énfasis en los derechos naturales de Locke y Rousseau, la sociedad comunista de Engels y Marx, etc), y aún de las diversas formas en que dichas teorías fueron llevadas a la práctica, dichos pensadores tuvieron en común haberse nutrido de lo indígena como pauta idealista de la felicidad y armonía social, tal como lo hicieron los Jeffersons y los Bolívar en el propio continente americano de la observación directa de lo aborígen.

Pero antes de seguir con tanto ensalzamiento de lo indígena, que lamentablemente probó ser de limitada duración en las Américas ante el posterior genocidio de los aborígenes que tuvo lugar,



detengámonos a intentar precisar en qué consiste la felicidad. Y, a partir de esa precisión, hagamos un juicio más objetivo de hasta qué grado la ancestral sabiduría indígena la lograba.

En qué consiste la felicidad

La felicidad puede ser entendida como un estado profundo de bienestar y satisfacción-contentamiento fundado en nuestra identidad natural.

En cuanto a nuestra identidad natural, se admite en general universalmente que los seres humanos somos materia y espíritu, cuerpo y alma; dependiendo de la forma en que quiera llamarse a los dos componentes característicos de nuestra identidad: el denso y el sutil

La dimensión del “bienestar” en el concepto de felicidad se referiría a los aspectos más físicos, densos y externos de nuestro ser. Mientras que la dimensión de la “satisfacción-contentamiento” se referiría a los aspectos más sutiles e interiores, más espirituales de nuestra identidad.

La dimensión de bienestar podríamos aparejarla también con la de la salud, definida en el sentido amplio que le da la Organización Mundial de la Salud (OMS). Para la OMS, salud es: “Un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no tan sólo la ausencia de enfermedad”. Dicha amplia concepción destaca la importancia de los aspectos afirmativos y preventivos de la salud (más allá de sólo lo reparador-curativo en que se ha quedado la medicina moderna); así como enfatiza a la salud como un estilo de vida, en lo cual, además de la atención a la salud como tal, iría incluida la atención a la alimentación, vivienda, vestido, ejercicio físico, educación, calidad ambiental, y el afecto y protección en vida comunitaria.

Sin embargo, es evidente que la salud se entrecruza y tiene una relación de continuidad con la otra dimensión más sutil. Tanto el término “enfermedad” mismo, el cual proviene del latín *infirmus* que significa “falta de firmeza o equilibrio”, como el ámbito mental de la salud, citados en la definición de la OMS, nos recuerdan los aspectos sutiles de la salud. Se ha dicho también que la materia, en definitiva, no es sino energía concentrada.



En lo referente a la dimensión de satisfacción-contentamiento, pre-requisito para la felicidad, es tener sabiduría, pues ésta nos dará las pautas correctas para diferenciar lo que nos hace feliz de lo que no nos hace. Relacionarnos con nosotros mismos y otros seres desde una perspectiva de amor, compasión, respeto por toda vida, así como sentirnos útiles, son otros requerimientos fundamentales para una vida feliz. En relación a lo anterior, el eminente biólogo chileno Humberto Maturana ha observado: “Nuestra esencia biológica se fundamenta en el amor y en la cooperación”. Añadiendo, en un señalamiento que nos revierte a la vinculación con la dimensión de bienestar-salud: “...tendemos a enfermarnos por falta de amor, pero nunca por falta de agresividad o violencia”.

A pesar de la mencionada vinculación entre las dos dimensiones, la de bienestar-salud y la de satisfacción-contentamiento, es evidente que esta última, ligada a lo más espiritual, es la más crucial. Pues, como han dicho los indígenas norteamericanos anishinabes: en verdad “no somos sino espíritus en una travesía humana”, (por cierto, un acierto muy similar al del teólogo cristiano Pierre Teilhard de Chardin: “No somos seres humanos en una búsqueda espiritual, somos seres espirituales en una experiencia humana”).

Rescapitulando, a partir de la expuesta definición de la felicidad surgen los siguientes requisitos básicos para lograrla:

a) En cuanto a la dimensión de bienestar-salud: salud como tal, implicando también la alimentación, vivienda, vestido, ejercicio físico, educación, afecto-protección en comunidad, calidad ambiental, adecuados.

b) En cuanto a la dimensión de satisfacción-contentamiento: sabiduría, amor, compasión, el respeto por toda vida, y el sentirse útiles.

c) Teniendo en cuenta que, si vamos a ser fieles a la mayor jerarquía de lo espiritual, el último conjunto de requerimientos en verdad sería el que tendría más prelación.



Sabiduría indígena y felicidad

Comparación con la sociedad moderna

¿Cómo calificar la sabiduría indígena ancestral en función de estos requerimientos para la felicidad? Y por otro lado, qué decir de la sabiduría de la civilización moderna misma? Procedamos ahora a algunas consideraciones sobre tales preguntas.

En cuanto a la primera, no se debería idealizar o “romantizar” la sabiduría indígena, ni desconocer que ha estado sujeta también a degeneración propia, en un ciclo del cual no parece haberse escapado ninguna parte de la humanidad. Los próceres y pensadores del siglo XVIII que se deslumbraron con lo indígena incurrieron, en verdad, en cierta idealización de la sabiduría aborígen, la idealización de quien tiende a ver en otro lo que profundamente le falta, o sencillamente la idealización del simplificador o conocedor limitado. No todas las culturas indígenas con que se encontraron los europeos cuando llegaron a las Américas estaban en su estado de mayor sabiduría; algunas como las de los aztecas, mayas e incas estaban en descenso de sus “épocas más doradas”.

Pero, a pesar de todo lo anterior, en lo referente a lo indígena primigenio o ancestral, las crónicas de admiración de los europeos y americanos de tal descendencia no estaban lejos de la verdad.

Al referirnos a lo indígena primigenio o ancestral cabe destacar que para nosotros lo indígena, más que un color de piel o raza, es un estado de conciencia que consiste en una comunión íntima y respetuosa con la Madre Naturaleza y sus leyes.

Aunque el término “felicidad” no siempre figura explícitamente en las lenguas indígenas, los valores y pautas sobre el estilo de vida para ser feliz siempre aparecen.

En la lengua de los warao, los ancestrales aborígenes del Delta del Orinoco en Venezuela, el término existía como tal, bajo la acepción: *oriwaka*. *Oriwaka* para los warao tiene los siguientes significados: “esperar juntos”, “tener fiesta”, “goce de compartir con otros”, “paraíso donde los muertos son felices”, significados que destacan la importancia del compartir, de la alegría y de lo trascendente como claves de la felicidad. En lengua piaroa, etnia del amazonas venezolano, “felicidad” se dice *eseusa*, y significa principalmente “goce de compartir con otros”, en valor afín a la concepción warao.



Para los antiguos achaguas arawakos también habitantes de la Venezuela precolombina, su palabra-saludo *chunikai* significaba tanto “felicidad” como “salud” (en relación que nos retrotrae a la precisión que hiciéramos antes en la definición de la felicidad). Para los barí, al occidente de Venezuela, cuando su Creador Sabaseba les dio vida lo hizo con el siguiente mandato: “Serán llamados barí y serán siempre felices y sonrientes”; por ello en su tradición oral, los barí aun cuentan que: “Por ello no nos está permitido ponernos bravos, porque felices nos hizo Sabaseba, como nuestros ancianos siempre lo han dicho. Porque así siempre hemos sido desde el comienzo, y así habremos de seguir siendo.”

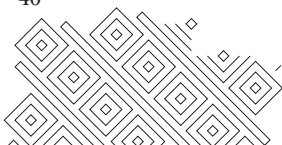
En cuanto a los mayas, es interesante notar la importancia atribuida a la felicidad en el comportamiento prescrito en su código moral *El Pixab*: “Es bueno algo mientras no cause daño a nadie. Es correcto algo en tanto contribuya a la felicidad y a la vida”.

En el idioma maya Q'eqchi felicidad se dice *sabil ch'oolejil* y significa literalmente: “tener el corazón contento”. En confirmación de la gran centralidad que tenía el valor de la felicidad en la vida cotidiana maya Q'eqchi, el saludo social permanente es *masa' laa ch'ool*, que significa: “¿cómo está tu corazón?”. Es interesante que la relación con el corazón también se destaca en los idiomas quechua y aymara: en ambos la expresión *kusiy sonko*, que literalmente significa “corazón alegre”, es la forma de decir “felicidad”.

El contraste con el estilo de vida europeo sirvió para que el indígena concientizara los méritos de su estilo de vida ancestral en cuanto a la felicidad. En tal sentido, expresiva es la siguiente reflexión del Cacique Micmac en Norteamérica hacia el año 1676:

¿Cuál es más sabio y feliz: aquél que labora sin cesar y sólo obtiene, con gran esfuerzo, apenas suficiente para vivir, o aquel que vive en comodidad y encuentra todo lo que necesita en el placer de cazar y pescar (...) No hay indio que no se considere infinitamente más feliz y poderoso que los franceses (Nerburn y Mengelkoch, 1991).

O la siguiente comparación del Cacique Maquinna, de la nación *Nootka*, también en Norteamérica, luego de haber conocido la práctica bancaria traída por la civilización blanca:



Nosotros los indígenas no tenemos ese tipo de banco; pero cuando tenemos mucho dinero o mantas, los regalamos a otros caciques y gentes, siendo el pago de interés que nuestro corazón se siente bien. La forma en que damos es nuestro banco” (*Idem*).

Compárese lo anterior con la codicia y el individualismo que, a pesar de las iniciales intenciones de próceres como Franklin y Jefferson, persistieron como legado de la conquistadora cultura europea. Tales inclinaciones devendrían, a la postre, en las funestas prácticas de avasallamiento y esclavitud a las que los colonos someterían a los indígenas y los posteriormente “importados” africanos, así como en el creciente materialismo mercantilista y corporativo que luego se entronizaría. En este último sentido, en cuanto al caso de Estados Unidos, analistas como el historiador Richard Beard han destacado que los estrechos intereses económicos truncaron mucho del alto espíritu de la Declaración de Independencia de ese país, redactada en 1776; sobre todo al momento en que tocó aplicarla a la Constitución Nacional de 1787. Lo que explicó, entre otras cosas, por qué la esclavitud de los negros no fue abolida en este último documento, de cuyos proclamados “derechos universales” fueron excluidos tantos los indígenas como los africanos. Esta omisión en cuanto a la esclavitud de los afro-norteamericanos le salió al final muy cara a la nueva nación, pues tuvo que ser dirimida unos 80 años después con una pavorosa guerra civil. A partir de dicha guerra, por otro lado, las corporaciones y el dinero adquirieron un decisivo poder en dicho país; lo que hizo al Presidente Lincoln vocear las siguientes preocupaciones, cargadas de aire profético para todo el posterior devenir norteamericano:

Veo en el futuro próximo una crisis en gestación que me desvela y me causa ansiedad por la seguridad de mi país. Como resultado de la Guerra, las corporaciones se ha entronizado (...) Una era de corrupción en las altas esferas vendrá a continuación, y el poder del dinero en el país se empeñará en prolongar su dominio manipulando los prejuicios del pueblo (Waserman, 1984).

Las estrechas ambiciones económicas también jugaron su parte al “sur del Río Grande” y también truncaron los sueños solidarios y de felicidad social que abrigaba los padres fundadores de las nuevas repúblicas en esa parte del continente. Las nuevas élites de hacendados y comerciantes buscaron el parcelamiento político y económico inescrupuloso al servicio de sus propios fines.

Cabe encontrar la raíz de toda esta codicia económica en la propia Revolución Industrial, la cual, propagada desde Inglaterra al resto del mundo, irónicamente en forma contemporánea a las grandes revoluciones políticas e independentistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, terminó predominando sobre mucho de lo que éstas pretendían, incluyendo sus ideales de felicidad social. El gran historiador Arnold Toynbee ha dejado sentado el siguiente juicio sobre el particular:

Hubo paradójicas e infelices consecuencias humanas del incremento de la producción de riqueza material. La causa de este descarrilamiento social fue el motivo que animaba a los empresarios que habían impulsado a la revolución industrial. Su motivo fue la codicia, y la codicia había sido liberada de sus tradicionales amarras dictadas por las leyes, las costumbres y la conciencia.

La codicia desde ese entonces se ha desbordado tanto que está hoy en el tapete central de discusión; luego de sucesos como la gran ola de escándalos corporativos que ha sacudido al mundo en los últimos tiempos en forma generalizada, con casos emblemáticos a nivel internacional como el de la empresa *Enron* de Estados Unidos y *Parmalat* europea.

Dimensión de Bienestar-Salud en la felicidad

En base a la anteriormente expuesta definición de la OMS, que define a la salud fundamentalmente como un estilo de vida, mucho puede aprenderse de la sabiduría de nuestros ancestros indígenas, pues en dicha sabiduría se privilegia, precisamente, el estilo de vida y lo preventivo como pivotes de la salud. Ello en base al cumplimiento de las leyes de la Naturaleza (sobre lo cual nos extenderemos más adelante) y su amplia gama de remedios naturales.



Estos últimos incluyen no sólo a las plantas (tanto en su acepción medicinal como alimentaria), sino también a la tierra misma (a través de usos como la “arcillaterapia” y la ingesta directa de sus minerales y sustancias), la luz y el calor (a través de la apropiada exposición a los mismos), el aire (a través de apropiadas técnicas de inhalación y exhalación), y el “éter” o energía más sutil (la cual incluye prácticas como las oraciones, cánticos, danzas sagradas, y en general pensamientos positivos y valores espirituales). Todo lo anterior, basado en el pleno aprovechamiento de los también llamados cinco elementos básicos de la Creación: “Tierra”, “Agua”, “Fuego”, “Aire” y “Éter”; en forma respetuosa y ecológica, sin explotación mercantilista, y en servicio desinteresado al prójimo.

En cuanto al uso de las plantas, la “medicina indígena” se basa en el uso de la planta (o su parte correspondiente) completa, y no en fraccionamientos químicos de la misma como los llamados “principios activos”. Estos últimos, que han sido el basamento de la medicina moderna para la confección de sus remedios o drogas, además de desnaturalizar el poder de la materia prima vegetal introducen los riesgos de toxicidad (los llamados “efectos secundarios” que a veces han probado ser peores que las enfermedades que intentan curar) y son de más difícil asimilación (al perderse la importante complementariedad de los ingredientes de toda la planta completa). Un caso emblemático ha sido el uso de la “cocaína” *versus* la coca. De hecho, la forma en que la farmacopea moderna interviene o manipula las plantas sería considerada normalmente como irreverente y profanadora por cualquier auténtico chamán indígena. Otras medicinas tradicionales conservadas hasta hoy como la china han sabiamente mantenido –aun a pesar de su práctica en gran escala– el uso de las plantas completas, normalmente deshidratadas, lo que comporta una mínima intervención.

La medicina indígena ha tenido asimismo cánones rigurosos sobre la recolección de las plantas para el uso medicinal (en relación al tiempo y horas para hacerlo, normas para “pedir permiso” a las “ánimas” de las plantas antes de hacer uso de ellas, normas sobre el estado anímico mismo del recolector, etc.); así como en cuanto a su posterior disposición y preparación, directrices todas normalmente enmarcadas en el elaborado ritual.

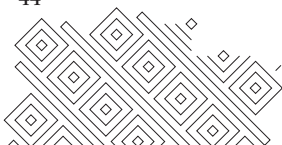
El conocimiento indígena sobre las plantas como remedios ha sido en verdad muy sofisticado. El repertorio de plantas curativas no infrecuentemente asciende a centenares por cada etnia indígena, particularmente en el mundo tropical. En el caso de una cultura como la azteca, se ha estimado que sus curanderos utilizaban unas 1200 plantas para tratar enfermedades específicas.

En cuanto a la catalogación de enfermedades, el conocimiento indígena también ha mostrado gran sofisticación. Tan sólo en cuanto a una afección, por ejemplo: la conocida como “disentería” por la medicina moderna, los *kayapo* de Brasil han diferenciado 250 diferentes tipos de ella, para cada uno de los cuales han tenido prescrito un remedio herbal específico.

Sin embargo, siempre el uso de las plantas en la cultura indígena tradicional ha estado acompañado por prescripciones en *estilo de vida*. Así, el tratamiento de la malaria no se reducía al uso de la planta científicamente conocida como *chichona calisaya*, contentiva de la hoy tan renombrada “sustancia activa” *quinina*; la terapéutica preventiva indígena también abarcaba medidas sanitarias medio-ambientales (en particular evitar aguas estancadas, criaderos propicios de los zancudos, y asegurar ambientes en que las poblaciones de éstos fueran naturalmente mantenidas a raya por depredadores naturales de los mismos como peces y sapos), así como prescripciones en la dietas alimentarias (por ejemplo, un mayor consumo del sabor amargo y menos del dulce), sobre todo en las épocas de lluvia o de mayor proliferación de los mosquitos.

Las pretensiones modernas de apropiarse, “patentar” o “encapsular” ciertos aspectos parciales del acervo médico indígena, incluyendo los “principios activos” de las plantas utilizadas en el mismo, no pueden conducir, pues, muy lejos en términos de garantía de salud, a menos que se incluya el tema del *estilo de vida*, algo en definitiva inapropiable, impatentable y dependiente de condiciones *in situ*.

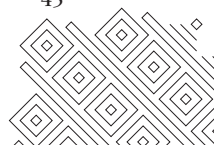
Para los indígenas, en verdad, tradicionalmente no ha existido la noción separatista de “plantas medicinales”, sino la de plantas benéficas en general, que son al mismo tiempo que remedio también nutrimento; en coincidencia con la vieja noción hipocratiana: “Que tu alimento sea tu medicina y que tu medicina sea tu alimento”, hoy



olvidada en general por los médicos modernos que dicen seguir los dictados de Hipócrates. El “qué, cómo y cuando comer”, pues, era parte intrínseca y primordial de la medicina indígena (algo que también ha terminado mayormente olvidado por los médicos modernos). Contrariamente al trillado estereotipo de que los indígenas eran primordialmente “cazadores y pescadores” –un producto del prejuicio carnívoro de antropólogos de influencia europea o nortea que lo han propagado–, la alimentación indígena en el Trópico, y ciertamente en el trópico americano, era mayormente vegetariana. Los mayas eran 80% vegetarianos; los incas 90%; y los sacerdotes o *amautas* de estos últimos, 100%. En coincidencia con lo prescrito frecuentemente en otras culturas indígenas a lo largo del trópico americano para los ritos de realización chamánica-espiritual, así como en muchas otras culturas espirituales del mundo en general, los indígenas americanos no conocían el consumo de la vaca, el cerdo, el chivo y la gallina; todos ellos fueron traídos por Colón, ni conocían la nociva fritura de los alimentos ni el queso, pues los aborígenes preferían asar o cocer. Tampoco conocían y el consumo social del tabaco el alcohol, cuya ingesta para los indígenas estaba confinada a excepcionales actividades ceremoniales (fueron también los europeos los que propagaron el consumo social cotidiano de estos rubros, con consecuencias funestas).

Todas las aseveraciones anteriores las hemos documentado en detalle en nuestra compilación titulada “La alimentación de los pueblos precolombinos”, que publicáramos en nuestro libro *Del Materialismo al Bienestar Integral*. Entre los testimonios acopiados en la misma, cabe citar el siguiente del historiador Rafael Cartay, que en forma magistral ha reseñado el gran “choque de civilizaciones” en torno al tema alimentario que tuvo lugar en nuestro continente a raíz de la conquista europea, así como las consecuencias del mismo:

La colonización española dislocó la vida indígena, arruinando elementos esenciales como fue la economía campesina de carácter colectivo. En lugar de la economía tradicional impuso una economía latifundista basada en la explotación de la mano de obra indígena. La ruptura de los equilibrios establecidos por los sistemas indígenas de uso de la tierra, empobreció la alimentación indígena y trajo consigo



la desnutrición. La triste trilogía de la insuficiencia alimentaria, las epidemias y las extenuantes condiciones de trabajo, se convirtió en la vía más expedita para el exterminio indígena, después de la conquista. El paisaje americano comenzó a ser cambiado y se impuso una dieta cárnica a los habitantes del Nuevo Mundo. El ganado (traído por Colón) inundó los sembradíos indígenas desestabilizando la producción agrícola y trayendo hambre masiva.

Algunos cultivos-alimentos, como por ejemplo el caso del amarantho, tan prodigioso y venerado por culturas indígenas como los incas y los aztecas, fueron incluso sistemática y brutalmente reprimidos por los españoles.

Pero también cabe destacar, del mismo mencionado recuento, el siguiente testimonio del insigne estudioso naturalista de la América colonial Alexander Humboldt, en cuanto a la naturaleza principal de la alimentación indígena:

Es que gentíos excitados por la necesidad y debiendo casi toda su alimentación al reino vegetal, descubren principios nutritivos, sustancias harinosas y alimenticias donde quiera que la naturaleza las ha depositado, en la savia, la corteza, las raíces o los frutos de los vegetales.

Así como este otro, del conquistador portugués de Brasil Pedro Álvarez Cabral en 1500 en relación al tipo de producción indígena en dicho territorio y su afición por la yuca:

Ellos no labran ni crían. No hay bueyes ni vacas, ni cabras, ni ovejas, ni gallinas. Ni ningún animal que esté acostumbrado a vivir con los hombres, ni comen sino esa ñame (la yuca), que aquí hay mucho, y de esa simiente y frutos que la tierra y los árboles de sí mismos arrojan, y con esto andan tan duros y rollizos como no lo somos nosotros tanto.

En relación a la última aseveración de la cita anterior, los estudios del Instituto Smithsonian, además de los de Manuel Cartay y Francisco Herrera Luque, muestran suficiente evidencia sobre la



superioridad biológica y en materia de salud de los indígenas sobre los europeos. Aun en materia de prácticas curativas para tratar enfermedades, los indígenas eran por lo general superiores. Verano y Ubulaker, del Smithsonian, citados también en nuestra mencionada compilación, han señalado para el caso de Mesoamérica lo siguiente: “Los conquistadores sumidos en una generalizada falta de confianza en su propias habilidades, con frecuencia preferían a los curanderos aztecas por sobre los propios compatriotas curanderos”.

Por otro lado, la siguiente declaración del líder indígena norteamericano Tenskawata, de los shawnee, en 1805, ha mostrado lo siguiente en relación a la historia de su gente:

Nuestro Creador nos puso en esta amplia, rica tierra, y nos dijo que éramos libres de ir a donde estuviera la cacería y donde el suelo fuese bueno para sembrar. Ese era nuestro estado de verdadera felicidad (...) Así fuimos creados. Así vivimos por un largo tiempo, dignos y felices. Nunca habíamos comido carne de cerdo, ni probado el veneno llamado whisky, ni usado la lana de oveja, ni encendido el fuego ni cavado la tierra con acero, ni cocinado en hierro, ni cazado o peleado con ruidosos fusiles, ni sufrido nunca enfermedades que tornaban ácida nuestra sangre o pudrían nuestros órganos. Eramos puros, y por tanto fuertes y felices (Windwalker, 2002).

Cuando se perdía la salud, el indígena recurría a la purificación para recuperarla. Como señala el *El Pixab* de los mayas: “Cuando la enfermedad, los problemas, el dolor y la desesperación invaden nuestros días, es necesario hacer una purificación para que retorne la armonía, para que retorne la paz y la felicidad”. La purificación tenía diversos métodos y profundidad, según la necesidad; ayunos, desintoxicación con múltiples remedios, penitencias, el servicio a otros, ofrendas, retiros espirituales, etc.

Cabe señalar que en el plano mental, sutil o espiritual, la medicina indígena ha sido también particularmente atenta y poderosa. La conciencia aborígen sobre la Interdependencia de la Vida, “Todo es Uno y Todo está vivo” dice la máxima chamánica, la ha llevado a ser sumamente respetuosa de la Ley de Causa y Efecto a fin de tener un comportamiento adecuado para no perturbar el

vital equilibrio natural espiritual y traer sobre sí serias consecuencias o enfermedades. Lo anterior, por tanto, también conducente a la previsión de distintos remedios espirituales de purificación para el restablecimiento del orden perturbado. Por eso es que los cánticos chamánicos curativos, danzas sagradas, y otros diversos recursos para las enfermedades del sutil mundo espiritual y anímico, fuente última de toda enfermedad del mundo corporal, han sido empleados con frecuencia en las culturas indígenas. Así puede verse en tradiciones como las de los chamanes wisiratus warao y meñeruas Piaroa en Venezuela, así como la de los legendarios *kallawayas* de Bolivia, tan sólo para citar algunos ejemplos.

Sin embargo, a pesar de todas las bondades de la cultura indígena y toda su sabiduría en materia de bienestar, ella no pudo contra el arrollador avance europeo de la conquista, que a la postre terminó infligiendo sobre los aborígenes uno de los más grandes genocidios que ha conocido la historia de la humanidad. Al término de la conquista y la colonia, cerca de un 90% de la población amerindia había sucumbido. Como se desprende de lo dicho anteriormente, más que debido a la acción de los arcabuces o armas de fuego, fue debido a las enfermedades que diezmaron a los aborígenes. Y éstas, más bien provenientes del contagio directo del europeo como usualmente se dice, provinieron más bien mayormente del derrumbe del estilo de vida aborígen, en lo físico y espiritual, ante el asalto y avasallamiento colonialista europeo. Ello significó el derrumbe de todo su sistema inmunológico y ser, por tanto, pasto para todo tipo de enfermedades.

Se trata de la misma suerte que espera, por cierto, a la actual humanidad, la cual ha llegado tan lejos en la profundización de una vida anti *natura* y la destrucción o contaminación del ambiente natural, que se enfrenta ya a un similar colapso, como lo muestra toda la actual proliferación de enfermedades de los más diversos tipos.

A menos que la humanidad cambie oportunamente su suicida curso, y aprenda de la enseñanza más sabia de culturas como la de nuestros antepasados indígenas. Y, en particular, del tipo de alimentación indígena, muy distinto al de la actual desnaturalizada y enfermante comida chatarra moderna, promovida por un inescrupuloso



aparato empresarial-mediático; de la preventiva medicina natural aborigen (en contraste con la reduccionista y quimiquizada medicina moderna); y de los hábitos de vida sanos y cuidado del medio ambiente indígenas.

En relación al tema ambiental, por cierto, éste hoy se ha convertido en gran causal de enfermedad. En la visión indígena tradicional el ser humano y el ambiente son una misma cosa. La palabra “ambiente” como tal, incluso es en general desconocida en las lenguas indígenas. Por consiguiente, el bienestar humano estaba indisolublemente ligado a la calidad del entorno: el equilibrio climático, el agua, los suelos, el aire, los bosques y los otros seres vivos. Como bien nos lo dejara dicho el inmortal sabio indígena Seattle: “El hombre no tejó la trama de la vida, tan solo es una hebra de ella; por tanto todo lo que él le haga a la trama se lo hará a sí mismo”.

La generalizada y masiva actual destrucción y contaminación del ambiente, sobre la cual Seattle también proféticamente advirtiera, y en particular de industrias de efectos planetarios como el petróleo, el gas y la petroquímica, en virtud de la inherentemente destructora-contaminante extracción de sus respectivas materias primas así como sus miles de altamente contaminantes productos, han generado todo tipo de nuevas patologías de intoxicación, cancerígenas, desquiciantes hormonales y derrumbadoras del sistema inmunológico; así como el recrudecimiento de enfermedades infecto-contagiosas como el paludismo y el dengue, por el calentamiento del planeta y la intervención y el envilecimiento de las aguas. Es lamentable que algunos de nuestros países del sur sigan prestándose a seguir siendo territorios de explotación de tan insano y suicida tipo de “riqueza”, llamándola ilusamente “bienestar” o “fuente de poder político”.

A pesar de todo el previo colapso del mundo indígena, así como de la penetración de nuevos valores envilecedores o desnaturalizadores, sobreviven todavía algunas culturas indígenas auténticas, que, de la mano con nuevas fuerzas afines como la ecología, el naturismo y otros sistemas de “medicina alterna”, pueden ser luz en el rescate de la medicina natural basada en un estilo de vida integrado al Orden Natural, marco básico para la supervivencia humana. Toca

a los estudiosos rescatar, fortalecer y aprovechar el maravilloso patrimonio terapéutico indígena para el bien de la humanidad.

Dimensión de satisfacción-contentamiento en la felicidad

Tornemos ahora nuestra atención principal a la dimensión de satisfacción-contentamiento en el concepto de felicidad. Se trata, como hemos dicho antes, de la más sutil pero también más clave dimensión de la felicidad. Aun con salud física, y en posesión de muchos bienes materiales y relaciones sociales, podemos terminar infelices. Parte de ello puede estar en tener demasiado apego a todas esas cosas, con lo cual podemos terminar como “poseedores poseídos”. Cuando la codicia entra en juego en este proceso, el asunto se hace más grave. Como hemos dicho antes, la codicia es anatema en grado mayor para la felicidad, pues nunca deja satisfechos a los seres humanos de los que se posesiona. Como bien lo dijo Gandhi: “El mundo tiene suficiente para satisfacer las necesidades de todos, pero no para saciar la codicia de tan sólo uno”. La codicia nos hace querer acumular en forma insaciable bienes o dinero con frecuencia a expensas de las necesidades de otros y del Orden Natural, en contra de los preceptos del amor, la compasión y el no dañar la vida. Los bienes acumulados terminan así convertidos en “males”.

Bajo la influencia en buena parte de las nociones indígenas, la propiedad había sido excluida de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos por Jefferson de la categoría de “derecho natural”, categoría reservada en dicha proclama sólo para la vida, la libertad y la felicidad. Jefferson consideraba que la propiedad debía tener límites sociales, y por tanto ser más bien un “derecho civil”, sujeto a regulación. La propiedad privada y su mal uso a través de la codicia o la avaricia era, en efecto, vista de similar manera en la cultura indígena como lo muestra la siguiente declaración del *obiyesa santee sioux*, Charles Eastman:

La tribu reclamaba para sí el suelo, los ríos, la caza; sólo la propiedad personal era del individuo, y aun en ese caso se consideraba vergonzoso incrementarla demasiado. Pues la codicia devenía en crimen, y mucha propiedad hacía a los hombres olvidar a los pobres (...) Sin



ningún complejo de vergüenza o mendicidad, la nación cuidaba de los jóvenes, los indefensos y ancianos, en retribución de los tiempos de servicio de éstos a la sociedad. ¿Cómo ello funcionaba? La avaricia, considerada la raíz de todo mal, y la característica dominante de las razas europeas, era desconocida para los indígenas; en verdad el sistema que ellos habían desarrollado la hacía imposible (Windwalker, 2002).

Otra parte de la explicación sobre el porqué la posesión de cosas o relaciones puede no necesariamente hacernos felices podría estar en la calidad de lo que se tiene o disfruta. Podemos tener mucho de eso, pero no de la calidad necesaria para satisfacernos.

Pero la razón más importante para explicar por qué el tener o disfrutar de cosas no garantiza la felicidad, es el carácter efímero de muchas de ellas, lo que ocasiona que todo apego a las mismas esté inexorablemente destinado al sufrimiento cuando éstas desaparezcan –como inevitablemente habrán de hacerlo– de nuestra vida. En cuanto a esto último, el mayor apego de todos puede ser el apego a nuestra propia vida física, pues en verdad, lo único seguro de ella es que terminará en su propia muerte, sin que podamos tener la certeza del exacto cuándo y cómo.

De lo anterior surge entonces la importancia de apegarnos sólo a lo trascendente, a lo permanente; y ello sólo se consigue en el terreno de Dios y en el terreno del alma, o, para ponerlo en términos más indígenas, de El Gran Espíritu o Creador y del espíritu de cada uno de nosotros.

De El Creador, y su obra el Cosmos Natural, viene toda la sabiduría indígena para ser feliz. Y recordemos que la sabiduría es prerequisite –junto al amor, la compasión, el respeto por toda vida y el sentirse útiles– para la realización de la dimensión de satisfacción-contentamiento según señaláramos antes. Los aymaras han resumido lo anterior en su código-filosofía *suma kumaña*, que significa literalmente “vivir según el orden del Cosmos”, “vivir en equilibrio”, “vivir bien”.

A la luz de lo anteriormente expuesto, cobra plena significación la sagrada “Oración de Acción de Gracias” de los Oneidas de Norteamérica: “Nuestra Madre Tierra cuida de todas nuestras vidas.

Pongamos nuestras mentes juntas. Así sea en nuestras mentes...Al que hizo todas las cosas agradecemos aquí en la tierra. Pongamos nuestras mentes juntas. Así sea en nuestras mentes”.

Separarse del Orden Natural era para el indígena separarse de la sabiduría. Como lo reconocía la siguiente declaración del cacique *Oglala Sioux* Oso Parado Luther:

Los antiguos dakotas eran sabios. Ellos sabían que cuando el corazón del hombre se alejaba de la Naturaleza se endurecía; ellos sabían que la falta de respeto por otros seres vivientes conducía pronto a la falta de respeto por los humanos también. Así que ellos mantenían a sus niños cerca de la gentil influencia de la Naturaleza” (Nerburn y Mengelkoch, 1991).

Por todo lo anterior cabe reflexionar acerca de hasta qué grado las primigenias culturas recolectoras indígenas (sin haber entrado a lo agrícola o industrial) eran tan primitivas como ha rezado la actual sabiduría convencional. Ésta nos dice que la progresión evolutiva del hombre ha ascendido desde lo recolector como el estado “más atrasado” hasta lo industrial como lo “más avanzado”. Sin embargo, contrariamente al anterior señalamiento, las culturas recolectoras, por requerir de un íntimo conocimiento del Orden Natural, a fin de poder sobrevivir establemente en base a los frutos silvestres, eran sofisticadas conocedoras del mismo, y por tanto, se acercaban más a una mayor sabiduría desde el punto de vista indígena que enfatizaba la penetración con el Orden Natural.

Por otro lado, suele también decirse convencionalmente que culturas aborígenes como la caribe, que pobló a Brasil, Venezuela y el Mar Caribe, fueron más atrasadas que los aztecas y los incas por haber carecido de la monumentalidad de éstas, reflejadas en sus grandes urbes, templos, pirámides, etc. Pero, ¿no podría decirse más bien que el Caribe fue más libre, feliz y sabio, precisamente por evitar caer en lo anterior y contentarse más bien con vivir de un aprovechamiento de baja intensidad del medio natural, a través de una descentralizada cultura recolectora-cazadora-agrícola, incluso en buena medida de carácter itinerante; sin las amarras de la monumentalidad y la estratificación social de los grandes imperios



indígenas de las Américas? La evidencia histórica parece indicar que, de hecho, los Caribes, conocidos por su gran devoción a la libertad, se mantuvieron en ella como algo deliberado, y en verdad fueron más difíciles de someter por los conquistadores europeos.

Sabiduría, Leyes del Orden Natural y felicidad.

Para el indígena, pues, la sabiduría para ser feliz estriba en estar sintonizados con la Naturaleza y sus leyes. Destaca entre éstas la de “La Unicidad de la Vida” o la del “Todo es uno y Todo está vivo”, la gran máxima chamánica que antes hemos mencionado. Si los humanos somos tan sólo “una hebra en la trama de la vida” –como dijo el Gran cacique Seattle– entonces ello tiene como consecuencia –según el mismo Seattle– que “cualquier cosa que hagamos a la trama nos la haremos a nosotros mismos”.

De allí el corolario de que debemos evitar hacer daño a toda vida (el mandamiento *ama guaña* de los Incas análogo al *abimsa* de los budistas e hinduistas) y, por el contrario, más bien profesar amor a toda la Creación. La creación misma, en verdad, es un acto de amor; aun nuestra propia vida como seres humanos proviene por lo general de la fusión amorosa entre dos seres. La Creación toda surge del amor, se nutre del amor, vive para el amor, y termina disolviéndose en amor. (No en balde el primer mandamiento cristiano, en coincidencia con todas las otras principales religiones, se refiere al Amor, en una “regla de oro” de todas éstas que engloba a todos los otros preceptos)

Otra ley cardinal del Orden Natural es la de la “Ley de la impermanencia”, que nos dice que “lo único constante es que nada es constante”. La muerte en ese sentido es una gran maestra en la cultura indígena porque nos recuerda que hoy toca vivir a plenitud. En la tradición indígena todo “guerrero espiritual” se prepara para cada batalla como si fuese su última y al así hacerlo alcanza la excelencia. La impermanencia nos enseña a valorar lo trascendente y lo inmortal como lo más importante para la felicidad. Como dijo el *yamparika comanche* Diez Osos: “Busco por los beneficios que duren por siempre y así mi cara brilla de goce”. De las enseñanzas del fabulado sabio yaqui Don Juan resalta la de “tener siempre la muerte de compañera y maestra” como clave para la sabiduría.

Una tercera ley fundamental es la “Ley de Causa y Efecto”, que nos dice que “toda acción produce una consecuencia o reacción”. De allí que en toda cultura indígena tradicional, el nativo cuida mucho todos sus pasos, está en permanente estado de alertez para prever las consecuencias de lo que hace, y se relaciona con el medio natural desde una perspectiva de gran respeto a fin de no causar consecuencias indeseables que inevitablemente recaerían sobre él. Por la misma razón, en la sabiduría indígena también es común la noción de tratar de reparar inmediatamente cualquier daño; y la noción de procurar más bien siempre acciones positivas a fin de obtener efectos favorables. Ilustrativa en relación a todo lo anterior es la siguiente enseñanza del Cacique Joseph, de la nación *nezperce* en Norteamérica:

Se nos enseñó que El Gran Espíritu ve y oye todo, que nunca olvida, y que consecuentemente da a cada hombre un espíritu-hogar de acuerdo a sus acciones; si ha sido un buen hombre, tendrá un buen hogar; si ha sido un mal hombre, tendrá un hogar malo (Nerburn y Mengelkoch, 1991).

En Venezuela, en relación a culturas indígenas como los warao y los pemón, impresiona ver cómo se le rinde culto a la ley de causa y efecto en sus minuciosos códigos tradicionales de comportamiento, llenos de “tabués”, “contras” (para reparar daños o contrapesar sus efectos), y recomendaciones, a fin de mejor llevarse con el medio natural y otros seres vivos.

Otras leyes más, como la “ley del movimiento cíclico-espiralado de la Vida y su procesos” (fácilmente discernible para el indígena en su estrecha comunión con los “ciclos” de las estaciones, de la recolección, la siembra, el agua, etc.), la “ley de la analogía” (el microcosmos refleja el macrocosmos y viceversa), y la “ley de la complementaridad de los polos”, también fueron parte del acervo vital de la sabiduría indígena.

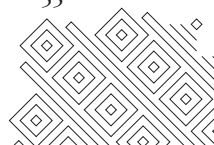


La felicidad:

Un asunto del “ser” más que de “tener”

De todo lo anterior se deriva que, para el alcance de la felicidad, en definitiva, los aspectos del “ser”, vinculados a lo trascendente y más perenne, son más importantes que los del “tener”, vinculados a lo menos trascendente y lo más transitorio.

Y que en el caso de la sabiduría indígena ancestral el “ser”, en la forma más satisfactoria, en la forma más proclive a la felicidad, se vinculaba a la mayor integración posible con la Creación, con el Orden Natural y sus leyes. No en balde, el credo de paz y felicidad de los indígenas Hopis, tan reverenciados por su sabiduría ancestral, se resumía en su exclamación: ¡*Techqua Ikachi!*, que significaba: “fusionarse con la tierra y celebrar la vida”. Esta noción de la vida como una celebración nos recuerda la siguiente enseñanza en la tradición quechua del Intij Inti: donde el Creador en su génesis del indígena sentenció: “Id al mundo a disfrutar, porque disfrutando aprenderéis, y aprendiendo creceréis y creciendo se cumplirá el sagrado propósito de la evolución”. No en balde en general el celo de los indígenas tradicionales en reverenciar y respetar el Orden Natural, como bien lo resumiera la siguiente enseñanza del Cacique Joseph que además hacía comparación con la actitud del europeo conquistador: “A nosotros nos contentaba dejar las cosas como El Gran Espíritu las había hecho. A los blancos no, ellos cambiarían los ríos y las montañas si no eran de su conveniencia” (Nerburn y Mengelkoch, 1991).







Epílogo

La felicidad: Una vital misión de vida

Todo lo anterior nos retrotrae a un aspecto fundamental de la definición de felicidad, su conformación con la identidad natural, con lo que somos de acuerdo a los designios de El Creador, con nuestra natural misión de vida existencial.

A la luz de lo anterior, adquiere significado universal la siguiente aguda apreciación de Henry Steel Commager refiriéndose a la sabiduría perdida: “Sólo el hombre en estado natural era feliz”. O para decirlo en sentido inverso, si realizamos nuestra identidad natural seremos automáticamente felices, pues, como ha dicho el quechua Chamalu (Luis Espinoza): “La felicidad es nuestra condición natural y el principal síntoma de estar en nuestro sitio”

Para ser feliz, sin embargo, hay que añadir, a la común misión existencial de vida que tenemos como humanos y seres vivos conscientes, la misión de vida individual de cada quien. En relación a esto último la siguiente aclaración sobre el concepto nawal de los mayas lo resume muy bien:

...La felicidad y la realización plena de la vida se obtienen al cumplir el trabajo o la función encomendada en el momento de la concepción y el nacimiento. Nadie viene al mundo porque quiere venir, dicen

los Ancianos, quienes sabiamente aseguran que todos tenemos una misión que cumplir en la vida. Un papel que jugar en beneficio de la humanidad. Todo ser humano tiene un nawal que define una personalidad en particular y que lo hace diferente a las demás personas... la misión de vida dependerá entonces de sus cualidades, aptitudes, virtudes y defectos, regidos por su nawal, que no es más que una divinidad que ayuda y guía al individuo. El ser humano no puede renunciar a su misión. Es su don, su regalo, su responsabilidad, y si renunciara a esa misión se enfermaría o, lo peor de todo, se moriría. (Oxlajuj Ajput, 2001).

Somos felices, pues, si cumplimos la misión a la que estamos destinados como seres humanos, tanto en lo cósmico como en lo individual. Somos felices, pues, si simplemente somos lo que nos toca ser. Y ello constituye un camino más que un destino, en el aquí y el ahora.

Para hacer una analogía con el más sencillo mundo animal: “el pájaro no canta por estar feliz, está feliz porque canta”.

Y al ser felices trascendemos, nos liberamos de lo subalterno y lo perecedero.

Análogamente al pájaro que no teme el momento en que la rama donde reposa empieza a crujiar, pues él tiene alas para volar.

Como las alas a las que podemos apelar cuando nos llegue la muerte física, porque, como dijo el indio Seattle, en definitiva: “no hay tal cosa como la muerte, sino un cambio de mundos”.

Como las alas puestas sobre las figuras humanas indígenas de la ciudad sagrada de Tiwanaku en Bolivia o de las rocas de Atures en el Orinoco venezolano, que nos recuerdan nuestra propia conexión con la trascendencia. La trascendencia donde mora la felicidad.

Corolario: La felicidad como base de la visión y agenda para un Mundo Nuevo

En base a todo lo anteriormente expuesto en este trabajo, ¿cómo aplicar toda la redescubierta “sabiduría de la felicidad” a la construcción del Mundo Nuevo hoy requerido ante la inoperancia y derrumbe del actual? ¿Cuál debe ser la nueva visión y agenda?



La visión debe ser el poner al ser feliz en el centro de las motivaciones personales y las políticas públicas; y la agenda, favorecer todo lo que nos haga feliz y descartar lo que no.

Cabe entender por qué a tantos, atrapados en tanto problema abrumador del mundo de hoy, les pueda parecer algo “cuesta arriba”, un imposible, el ser feliz. Pero en verdad, si ser feliz es algo consustancial a nuestra identidad natural, como hemos demostrado ampliamente en este trabajo, debería ser más bien todo lo contrario de lo anterior. Ser feliz sería lo más fácil, lo “cuesta abajo”; y ser infeliz, lo más difícil, lo “cuesta arriba”. Hasta los estudiosos de la fisiología lo han notado: se requiere mover menos músculos faciales para sonreír que para ponerse bravos.

El problema es que la civilización que nos ha regido es anti *natura* y se ha acostumbrado a hacer todo al revés. El Producto Interno Bruto, ese valor monetario que mide lo producido en un país, y que los economistas nos han vendido como “el índice máximo del bienestar nacional”, no sólo no se preocupa ni por la calidad o sustentabilidad de lo producido sino que suele prosperar de la enfermedad, la muerte y la infelicidad. Si la gente se enferma más y hay más gastos médicos o de consumo de medicinas, el PIB sube, como sube cuando se contamina o se destruye el medio ambiente (en lo cual están incursas la mayor parte de las industrias que aportan al PIB); o cuando hay más divorcios (más gastos de abogados, más liquidación de bienes, etc.). Las flagrantes contradicciones del PIB con el logro de real bienestar y felicidad son una perogrullada que no hemos querido ver.

El haber perdido la capacidad de ver perogrulladas, de ver lo obvio, de ejercer el “sentido común” (que hoy parece en verdad el menos común de los sentidos) por tanto enredo en que nos hemos o nos han metido, por tanta información-instrucción confundidora es uno de los síntomas más reveladores del desvarío humano actual.

Así como el diagnóstico es obvio, las soluciones también. Tenemos que redefinir el sentido del bienestar y el progreso a fin de reenfocarlo hacia la vieja y vital ansia de ser feliz. Tan vital, que a pesar de toda la alienación y confusión actual, está volviendo a la palestra en forma incontenible, como mostráramos al comienzo de este trabajo.

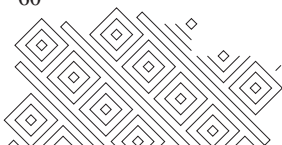


Lo anterior implica cambiar la falsa y suicida ideología del PIB, inventada por los economistas y perpetuada por el poder político-económico, por un nuevo sistema de índices de bienestar que ponga a la felicidad y a la salud otra vez en el centro. Un sistema de índices de bien-estar y bien-ser que valoren lo cualitativo sobre lo cuantitativo, la solidaridad sobre el egoísmo, la responsabilidad sobre la irresponsabilidad, lo espiritual sobre lo material, las omnisabias leyes del Orden Natural o Divino por sobre las estrechas o ego-céntricas leyes humanas.

Y todo esto último, en definitiva, está opuesto al sistema del PIB, el cual descansa incluso en una concepción totalitaria-opresiva de la Vida, al pretender confinar todo lo que vale a la capacidad de hacer dinero; concepción totalitaria-opresiva de la que se han embebido incluso los “Estado-Nación” (forma de organización política que, con sus apenas 300 años de vida, ha pretendido regir sobre formas de organización humana de miles de años de antigüedad o sabiduría), así como otras instituciones como el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio custodias del actual colapsante “orden mundial”.

Tenemos que re-aprender que las cosas más importantes de la vida como la felicidad, la salud y el afecto, en verdad no se compran ni se venden, ni son cuantificables; se viven y se sienten. Y re-aprender que aún las recetas de bien-estar y bien-ser más obviamente universales deben dejar libre un espacio para la autodeterminación personal y local para que puedan ser instrumentadas e internalizadas según la respectiva especificidad y ritmo personal y local, sin la desvirtuadora imposición “de un arriba hacia abajo homogenizante”.

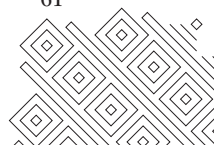
Por tanto, no pueden seguir teniendo cabida en la agenda del Mundo Nuevo actividades que dañen a los seres vivos y que vulneren la felicidad social y ambiental. Lo cual descalifica a industrias tan notorias en este sentido como la de los hidrocarburos (incluyendo el petróleo, el gas y la petroquímica); la minería depredadora, la industria forestal depredadora, la agricultura de los monocultivos agroquímicos o de los franksteins-transgénicos (devastadora o contaminante de los suelos, el agua, la diversidad biológica; desnaturalizadora de los alimentos), industrias basadas en productos



o vicios enfermantes como el tabaco, el alcohol o los casinos; para citar sólo algunos ejemplos emblemáticos. Todo este tipo de actividad, por lo demás, en frontal riña con la genuina sabiduría indígena, sabiduría de salud y vida, sabiduría de responsabilidad... Lo que sin embargo no ha obstado para que, a fin de legitimar su explotación en territorios o culturas indígenas, dicho tipo de actividades se hayan pretendido presentar a lo largo del continente americano como compatible con lo indígena, cuando más bien significan su perversión o extinción definitiva.

Los Estados-Nación, tanto los de las grandes potencias como de los países más chicos que ha imitado tal modelo, con frecuencia se han escudado tras el concepto de la “soberanía nacional”, no sólo para evadir su responsabilidad para con el medio ambiente –local y planetario– en cuanto a sus actividades, sino también para reclamar en forma centralista propiedad sobre los “recursos naturales” (incluyendo hasta los del subsuelo).

Ambas pretensiones están en riña con la visión indígena. En cuanto al tema de la “soberanía”, se trata de un concepto ajeno a la sabiduría aborígen, que más bien reconoce que en el Orden Natural no hay nada por el estilo sino que más bien todo es “interdependencia”, en base a la máxima “Todo es uno y Todo está vivo”. En cuanto a la propiedad, tal noción choca con la enseñanza indígena de que “La tierra no nos pertenece, nosotros pertenecemos a la tierra”. Por tanto, el término mismo “recursos naturales” es inapropiado porque ve a la Naturaleza en forma instrumental, algo de lo cual los humanos se sirven a conveniencia, y no algo de lo cual ellos son parte, por lo cual lo más correcto sería más bien hablar de “dones o bienes naturales”. Por ello, a los indígenas el término “propiedad” normalmente les es ajeno (recordemos la respuesta de Seattle a los colonos europeos: “Cómo podemos venderles lo que no es nuestro”; prefiriendo ellos ver su relación con la Madre Naturaleza y sus dones como de custodia responsable, so pena de consecuencias desfavorables a revertirse sobre los propios seres humanos (en esto la sabiduría indígena coincide con otras genuinas sabidurías, como la de la misma Biblia que dice: “Dios traerá la ruina de los que han arruinado a la tierra”).



Así, por el contrario, lo que se requiere en la nueva agenda es de formas de ganarse la vida, formas de abastecimiento, que promuevan líneas como la de las energías alternativas renovables aprovechadas en forma ecológica (como la del sol, el agua; incluyendo los ríos y mares, el viento, la geotermia, biomasa, y de nuevas revolucionarias fuentes como el hidrógeno), sobre las cuales existe ya un suficiente conocimiento para desarrollarlas en gran escala si sólo hubiese suficiente voluntad/ concertación política para hacerlo; se requiere de industrias para nuevos sistemas de transporte que reemplacen al de la actual suicida y congestionadora “carrocracia” –abiertamente insustentable–; materiales de fabricación biológicos renovables y reciclables que reemplacen a otros de características o procedencia tan anti-ecológica como los plásticos petroquímicos o los metálicos-minerales producto de la devastación de la Naturaleza; una agro-industria alimentaria natural y ecológica sana, que reemplace al actual enfermante y anti-ecológico complejo industrial-mediático-consumista de la comida chatarra de origen agro-químico-o desnaturalizado; industrias y tecnologías para la descontaminación y recuperación del planeta; industrias de reciclamiento; industrias para sistemas de salud natural y preventiva, para citar sólo algunas, capaces de servir de pauta y marco para otras, y capaces de generar millones y millones de nuevos empleos y fuentes de manutención; en una prosperidad concatenada más sana y sustentable.

Pero, además de los anteriores aspectos relativos a la satisfacción de necesidades humanas primarias, se requiere también de otro orden de prioridades y valores en nuestra –más superior y vital– naturaleza espiritual. Los problemas del mundo actual han llegado tan lejos y son tan abrumadores, en verdad, que sólo el cambio en el orden espiritual, con todo su gran poder y capacidad de transmutación, puede salvarnos. Cambio que debe ser precedido primero que todo por una gran purificación espiritual.

Precisamos recurrir a mucho amor, compasión y solidaridad a fin de poder enfrentar problemas tan ominosos como la actual gran debacle de violencia en que se encuentra sumido el mundo actual; en relación a la cual pareciera a veces que, más que palabras como “solucionar”, cabría usar expresiones como “exorcizar”. Tal es

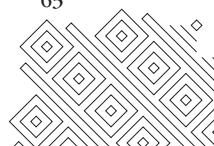


el alcance de la tarea requerida. Y la fuerza y recursos para ello sólo están disponibles en el ámbito espiritual.

La violencia es la negación de la vida y la convivencia. En su informe sobre la Salud y la Violencia del 2002, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha puesto al problema en la categoría de “flagelo universal que rompe la fibra de las comunidades y amenaza la vida, la salud y la felicidad de todos”. La OMS ha definido a la violencia en los siguientes términos:

El uso intencional de la fuerza física o el poder, en amenaza o en hecho, en contra de sí mismo, otra persona, o en contra de un grupo o comunidad, el cual resulta o tiene alta probabilidad de resultar en herida, muerte, daño psicológico, maldesarrollo o privación.

Una definición integral en verdad que coincide con lo dicho en todas las grandes tradiciones espirituales o religiones del mundo, que también proscriben a “la violencia en pensamiento, palabra u obra”. Un mal que aun cuando se inflinge sobre otro daña no sólo a la víctima sino también al perpetrador; por aquello que nos recordara tan bien el indio Seattle cuando dijera “el hombre no tejó la trama de la vida, tan sólo es una hebra en ella, por tanto todo lo que él le haga a la trama se lo hará a sí mismo”. Por cierto, Seattle, inicialmente un gran guerrero, terminó como gran pacifista. También nos dejó dicho: “Cuando nuestros jóvenes se tornan airados y desfiguran sus caras con pinturas de guerra, sus corazones también se desfiguran... esperemos que las hostilidades entre los pieles rojas y sus hermanos cara-pálida nunca vuelvan. Tendríamos todo que perder y nada que ganar...” En tal transmutación Seattle hizo causa común con otros ex-guerreros devenidos en grandes abanderados de la paz; como Ashoka en la India, que pasó de temido conquistador a amado emperador propagador del budismo por el mundo, Bolívar, de quien, aunque algunos aun siguen empeñados en recordar principalmente su espada guerrera, también quedó de sus últimos más serenos años la siguiente significativa sentencia: “De la paz se deben esperar todos los bienes y de la guerra nada más que desastres (...) lo que se destruye es inútil a todos”.



Los iroqueses, esa gran cultura indígena norteamericana que descollara tanto en el arte de la organización política en paz, que inspirara a ideólogos tan dismiles como Tomas Jefferson y Federico Engels, nos han transmitido enseñanzas tan interesantes como la siguiente del Cacique Oren Lyons, en cuanto a lo que animó a su gente a abandonar la guerra y desconcentrar el poder para el logro de su gran Era de Paz:

Los pueblos de las naciones enterraron sus armas convencidos de que cualquier sociedad dirigida por un solo hombre o una minoría dominante estaría estructurada según las costumbres de la violencia y seguiría alojada bajo las ramas del Árbol de la Guerra. Creían que la violencia es la raíz de una sociedad jerarquizada y que tales sociedades jamás conocerían la Paz.

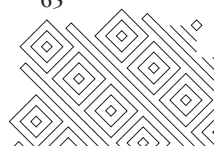
La causalidad que los iroqueses encontraron entre la violencia y los resultados que generaba, nos lleva a destacar otro punto crucial de carácter ético: no se puede alegar ser no-violento y utilizar medios violentos para llegar a un determinado fin. Pues, como dijo Gandhi, los medios y el fin son la misma cosa, están indisolublemente ligados, los medios producen el fin. Si bien hay una papel legítimo para el uso de la fuerza con carácter defensivo y como un último recurso, que debe cuidar además no dañar a gente inocente que no sea parte del conflicto ventilado, la violencia debe siempre mantenerse como eso: un último recurso y no ser blandido como el primero, detonando con frecuencia una espiral incontrolable que termina tornándose al final contra los mismos que la hayan comenzado. Las figuras que deben inspirarnos para la nueva era de sabiduría, justicia y paz que reclama el mundo, no pueden ser combatientes o guerrilleros que se quedaron en la violencia, sino figuras como Seattle, Jesús, Juan Pablo II, Gandhi o Luther King. Esto dos últimos en particular nos enseñaron mucho sobre de cuántos recursos no-violentos disponen los pueblos para oponerse a situaciones intolerables de injusticia u opresión: boicots, huelgas, movilizaciones, consumo y producción alternativas, etc.; siempre cuidando que no fuesen teñidos ni siquiera con la violencia en el pensamiento.



Aún la forma de hacer justicia en la sabiduría indígena más genuina se atenía a la compasión, prefiriéndose una concepción de la justicia “restauradora” más que punitiva. Así, en el *Pixab* de los mayas encontramos la siguiente enseñanza en relación a cómo trataban a los transgresores:

...los problemas y las maneras de solución no llegaban a la tortura ni a la muerte, táctica particular de los invasores europeos. Se respetaba el derecho a la autocorrección o automejoramiento. Los conflictos se resolvían respetando la vida e integridad de la persona o grupo vencido.

Por otro lado, en el fondo de la sabiduría iroquesa estaba bien claro lo clave de la fuerza espiritual para el logro de un sólido orden político. Otra vez, en palabras de Oren Lyon: “La espiritualidad es la forma más elevada de la conciencia política”. Mensaje de gran importancia hoy para tantos activistas políticos que aún no terminan de entenderlo; y en particular muchos de la llamada izquierda que con frecuencia arrastran un lastre de exclusivo ateísmo o mundanidad que no les permite llegar al fondo de todo el potencial humano para los cambios más trascendentes. Si bien en un determinado contexto histórico o cultural aquella frase de Marx “La religión es el opio de los pueblos” pudo haber tenido algún sentido, haberse quedado en ella como verdad absoluta o permanente es un gran error. La “religión” (literalmente la unión con Dios, El Gran Espíritu, Cosmos, o como se le quiera llamar) es una necesidad vital del ser humano para su realización plena. En verdad, el peligro mayor y más permanente que habría que concientizar es el de “el materialismo como el gran opio de los pueblos”. Y ciertamente ese el problema más relevante hoy. La carencia en mucha gente de izquierda o socialista de la dimensión espiritual y de suficiente sensibilidad ecológica los incapacita en verdad para entender cabalmente lo indígena, aunque digan apoyarlo o, aun más, aleguen con autoconveniente alarde –como algunos pretenden poner hoy de moda– que las sociedades indígenas precolombinas eran “socialistas”, cuando en verdad lo más correcto es decir que los socialistas han querido copiarse de lo indígena aun sin plena coherencia o éxito.



El hecho de que los practicantes hayan fallado no invalida pues el valor de la genuina religiosidad o espiritualidad. A pesar de todas las atrocidades cometidas en nuestro continente contra lo aborígen en nombre de la Cruz cristiana, no se puede condenar por ello la enseñanza humanista, compasiva y universal de Cristo. Después de todo, así como hubo tantos impíos cristianos anti-aborígen, también ha habido los Bartolomé de Las Casas y un Papa como Juan Pablo II que pidió perdón por dichas atrocidades anti-indígenas. El mismo Seattle, seguramente en su afán de salvar todo lo que pudiera de lo indígena, en una batalla de poder que sabía de antemano perdida, hasta recurrió al extraordinario recurso de “convertirse” al cristianismo, a fin de poderle hablar a la nueva civilización dominante desde sus propias entrañas sobre el suicidio en que incurriría para sí y para el mundo si no cambiaba su insensible y depredador modo de ser como en efecto hoy se ha terminado viendo. No por accidente Seattle se dio a sí mismo el nombre de “Noé” en su nueva cultura prestada (“Noé” el del arca salvadora de toda la humanidad) Seattle y los suyos perdieron a la postre la batalla por el poder en ese momento pero no la batalla ética. Su mensaje pervive como la “Biblia” del indigenismo y el ecologismo hoy. Lo indígena está hoy de regreso. Y hasta grupos cristianos, casi un siglo después de morir Seattle, jugaron un papel decisivo en la propagación moderna de su mensaje. En su visión espiritual humanista y universal, y en pro de una respetuosa convivencia y cooperación entre las civilizaciones, Seattle, pues, no sembró en vano.

Hoy en día, cabe en verdad sentir satisfacción por los progresos alcanzados en traer reconocimiento y reparación al gran desafuero histórico y agravio de lo indígena. Resultado de una heroica larga lucha de los pueblos indígenas y sus aliados; y algo imperativo para traer justicia y paz al mundo. Pero, por otro lado, también cabe advertir, como hemos dicho antes, que en nombre de “proyectos políticos de toma del Poder”, “proyectos de desarrollo”, “derechos indígenas”, término por lo demás un tanto ajeno a lo indígena donde importan más los deberes que los derechos, y hasta proyectos o ambiciones personalistas, se pueden pervertir, manipular o lesionar lo auténticamente indígena y vitalmente ecológico, desde afuera y desde adentro. Por lo cual, se requiere ejercer hoy, en forma clara,



firme y oportuna, la respectiva denuncia y corrección; en aras de los más altos intereses de la causa indígena, de la humanidad, del ambiente y el planeta.

De allí la relevancia de lo dicho por el subcomandante Marcos, vocero principal de la insurgencia maya-zapatista, la cual ha impactado al mundo con su consigna “Cambiar el mundo sin tomar el poder, sin dejarse alienar por el poder”. Marcos ha advertido: “Queremos un movimiento indígena que no se venda por puestos gubernamentales, por viáticos, por lisonjas”. Así como la relevancia de esta otra declaración de la sabia Apache Mohawk Oh Shinah Lobo Rápido, recordándonos la esencia de lo indígena:

No reconozco diferencias raciales. Soy indígena porque mi corazón es indígena. Porque tengo una relación con la Madre Tierra, porque me importa la gente (...) porque creo en la sabiduría de la Naturaleza, no porque mi padre o madre tuvieron sangre indígena.

“Otro mundo es posible”, en verdad, como ha dicho el Foro Social Mundial; en consigna que convoca a un cambio de conciencia. Se trata de otra noción clave a fin de que volvamos a traer el reinado de la felicidad perdida. Se trata de la conciencia que remedia a la sin-ciencia. El acompañar o internalizar la sabiduría *versus* la carencia de sabiduría. Conciencia que precede a la acción, que genera a la acción, pues en definitiva somos lo que pensamos y toda acción tiene en algún lugar a un pensamiento como progenitor.

En la sabiduría indígena ancestral se destaca con frecuencia el instrumento del cambio de conciencia como clave del cambio humano y del mundo. Una vez más, cabe recordar el dicho de los Oneidas: “pongamos nuestras mentes juntas, así sea en nuestras mentes”. Pero también, podríamos dar como ejemplo el de los Shuars en Ecuador que dice: “El mundo es según lo sueñas”. O el del alegórico gran mensaje de fondo del relato de los Koguis de Colombia sobre la Creación: “Primero estaba el mar (...) El mar estaba en todas partes. El mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba venir. Y ella era pensamiento y memoria”.



En definitiva, concluyamos con la siguiente síntesis de Ralph Metzner, muy resonante con la sabiduría indígena ancestral y la sabiduría espiritual universal toda:

Los que estamos comprometidos con la preservación de la vida en toda su asombrosa diversidad y belleza tenemos solamente los recursos que siempre hemos tenido: la capacidad de movilizarnos, individual y grupalmente, hacia una expandida y despertada conciencia; la pureza y fortaleza de nuestra intención; y el coraje y la creatividad para realizar la visión de que “Otro mundo es posible”.

Un reto en verdad en el cual se juega el destino del asediado mundo actual para salir de su gran infelicidad y recuperar la felicidad perdida.





Bibliografía

Bracho, Frank. *Claves del Futuro: Autodeterminación Humana y Leyes del Orden Natural*. Caracas: Editorial Texto / Ediciones Vivir Mejor, 2001.

Brands, H. W. *Founders Chic*. The Atlantic Monthly, 2003.

Cambiar al Mundo sin Tomar el Poder, Red Voltaire, Noviembre del 2005.

Del Materialismo al Bienestar Integral: El Imperativo de Una Nueva Civilización. Caracas: Editorial Texto / Ediciones Vivir Mejor, 1995.

El Cambio de Conciencia como Clave del Destino del Foro Social Mundial, Cuadernos Nuevo Sur, Mayo-Junio 2006.

Foro Social Mundial: Camino a un Mundo Nuevo, en libro del mismo título: Fondo Editorial Question, Caracas, enero del 2006.

Happiness and Indigenous Wisdom in the History of the Americas, en compilación *Unlearning the Language of Conquest*, editor Four Arrows... University of Texas, Houston, 2006.

Johansen, Bruce. *Forgotten Founders: Benjamin Franklin, The Iroquois and the Rationale for the American Revolution*. Gambit Incorporated Publishers, USA, 1982.

More Thomas *Utopia*. London: (traducción de Paul Turner), Pinguin Books, London, 1965.

Mosonyi, Esteban Emilio. *La Etnociencia Social Indígena: Perspectivas para Asumir la Comunidad como Espacio de Autodeterminación*, I Taller de Etnociencias y Etnotecnologías, UCV, Caracas, diciembre del 2002.

Oxlajuj, Ajpup. *Fuentes y Fundamentos del Derecho de la Nación Maya-Quiche*. Guatemala: Editorial Serviprensa, 2001.

Ponce Sanguines, Carlos. *Tiwanaku, Espacio, Tiempo y Cultura*. Bolivia: Editorial Los Amigos del Libro, 1981.

Setién Peña, Adrián. *Realidad Indígena Venezolana*. Caracas: Centro Gumilla, 1999.

Toynbee, Arnold. *Mankind and Mother Earth*. Londres: Granada Publishing, 1978.

Verano John & Ubulaker Douglas. "Health Profiles", *Seeds of Change: Readers on Cultural Exchange after 1492*, Smithsonian Institution, Addison-Wesley, USA, 1993

Waserman, Harvey. *America Born and Reborn*. New York: Macmillan, 1984.



Índice

EL RESCATE DE LA SABIDURÍA INDÍGENA ANCESTRAL COMO APORTE A UN MUNDO NUEVO UNA RECOMPENSIÓN Y ACTUALIZACIÓN DEL TEMA INDÍGENA

Prólogo 7

“El socialismo indígena”
a la luz de la metaética trascendental y
milenaria aborígen 9

Bibliografía 27

LA FELICIDAD COMO CENTRO DE LA SABIDURÍA INDÍGENA ANCESTRAL VISIÓN Y AGENDA PARA UN MUNDO NUEVO

Introducción 31

La felicidad en la búsqueda humana 33

Epílogo 57

Bibliografía 69

EDICIÓN DIGITAL
AGOSTO DE 2017

CARACAS - VENEZUELA

ESTEBAN EMILIO MOSONYI

Antropólogo y lingüista y Dr. en Ciencias Sociales. Estudiante de lenguas indígenas, de la problemática interétnica y de la diversidad sociocultural como alternativa a la globalización tecnocrítica. Autor de decenas de libros y artículos. Activista social y asesor de organizaciones nacionales e internacionales.

FRANK BRACHO

Activista, investigador, autor y conferencista sobre temas de asuntos indígenas, así como otros afines tales como el ecológico, la salud natural, el cambio de civilización y los valores espirituales. Autor, coautor y editor de libros relativos a dichos temas así como de centenares de artículos en medios de comunicación nacional e internacional.

El tema indígena en Venezuela actualmente ha tomado un amplio espacio dentro de los escenarios socialistas que se han ido forjando desde la preponderancia que la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela ha otorgado a las etnias indígenas de nuestro país. Hoy los indígenas reclaman, protestan y exigen con propiedad y Ley en mano. En el pasado formaba parte de una utopía. Sin embargo, como todo, no es suficiente. *El rescate de la sabiduría indígena ancestral como aporte a un mundo nuevo* es un texto que concientiza concepciones indígenas para una mayor comprensión de la realidad indígena y cómo ésta se ajusta a los procesos de cambios y en qué medida hay una concordancia con el tratamiento actual de los pueblos originarios. Conceptos fundamentales desarrollados en estos dos ensayos —como *Sabiduría y Felicidad*— revelan una oposición subjetiva en el encuentro intercultural en cuanto a concepción se refiere; rasgo esencial que debería estar presente antes de formular y activar leyes para favorecer a nuestros primeros habitantes. Lo que se propone es un fiel acercamiento a las culturas indígenas en donde se generen, a partir de sus demandas como ser indígena, la participación y los derechos indígenas en el marco político y social que actualmente se vive.

